

Narrativa y subjetividad. A propósito de Lisa, una "niña española"

Narrative and subjectivity. Talking about Lisa, a "Spanish child"

Álvaro Pazos

Universidad Autónoma de Madrid
alvaro.pazos@uam.es

Resumen

En este artículo, se plantea críticamente la aproximación narrativa a los discursos autobiográficos en ciencias sociales. Se introduce un acercamiento a los mismos que enfoca la subjetividad como objeto de estudio, en lugar de la identidad, individual o grupal. La propuesta se hace a partir de una consideración del material discursivo de varias entrevistas con Lisa, una "niña española" evacuada a la Unión Soviética en 1937.

Palabras clave: Narración, autobiografía, subjetividad, identidad, análisis de discurso

Abstract

In this work, the narrative approach to the autobiographical discourse in social sciences is criticized. An approach to those discourses is proposed. It focuses on subjectivity as the object of study instead of identity, either individual or collective. The proposal is based on discursive data collected from several interviews with Lisa, a "Spanish child" evacuated to the Soviet Union in 1937.

Key words: Narrative, autobiography, subjectivity, identity, discourse analysis

SUMARIO 1. Introducción. 2. De la narrativa a la subjetividad. 2.1. Lisa. 2.2. Narrativa e identidad. 2.3. Sujeto y subjetividad. 3. La subjetividad en los discursos sobre sí de Lisa. 3.1. Los de allí. El nosotros de la infancia. 3.2. Los auténticos amigos. 3.3. Crítica de los "niños españoles". 3.4. Lo que no hemos tenido. La familia. 3.5. Conciencia de clase y de posición social. 4. Bibliografía

1. Introducción

Las reflexiones que en este artículo expongo se refieren a los problemas para manejar e interpretar un material discursivo autobiográfico especialmente complejo. Desde 1994 trabajo en un proyecto sobre narración y memoria entre los “niños” evacuados a la URSS durante la Guerra Civil española, que tiene como objetivo general el análisis de la construcción simbólica de identidades y subjetividades individuales y grupales¹. En este marco, he centrado mi atención últimamente en el análisis de un caso individual, el de un sujeto perteneciente a dicho “colectivo”, y me ha ocupado una reconsideración de las dificultades, las posibilidades y la necesidad (o no) de restituir, a partir de las palabras de esta persona, una historia de vida². Lo que aquí desarrollo tiene que ver con un interés en el uso de discursos autobiográficos en ciencias sociales. Más concretamente, me planteo el alcance y los límites de una aproximación narrativista a los mismos.

Entiendo que una perspectiva narrativista de los discursos autobiográficos se caracteriza básicamente por dos rasgos³. El primero es el objetivo mismo -final o como medio, a su vez, para alcanzar otros fines- de la tarea que se propone el investigador: la re-constitución de un texto-relato a partir de la variedad de actos de habla que producen sus técnicas de investigación. Pero esta tarea se justifica en tanto que se asumen previamente, y no necesariamente de manera explícita, algunos supuestos sobre lo que es la elaboración de significados en el habla sobre sí o autobiográfica. De acuerdo a este enfoque la intencionalidad del hablante se considera subsumida en un solo proyecto: su modo básico de dar sentido consiste en la puesta en intriga de los acontecimientos referidos. A la interpretación de los significados le basta con remitirlos a esa intención originaria. Se sigue de ello que las tensiones internas que

1 Devillard, Pazos, Castillo, Medina (2001). Los “niños españoles”, más conocidos como “niños de la guerra”, constituyen un “colectivo” de casi 3000 personas que partieron, siendo niños, hacia la Unión Soviética durante la Guerra Civil española en varias expediciones de evacuación. Residieron en la URSS al menos hasta 1956. Al llegar a la URSS, vivieron y estudiaron en Casas de Niños especialmente habilitadas para ellos, hasta la invasión alemana durante la II Guerra Mundial. Es ésta una experiencia que los diferencia tanto de otros niños evacuados en las mismas circunstancias a países europeos como Francia e Inglaterra, que vivieron fundamentalmente con familias de adopción y que regresaron a España al terminar la Guerra, como de los llamados “niños de Morelia”, que fueron evacuados a México y alojados en una institución semejante a las Casas de Niños soviéticas, aunque en condiciones y con unos resultados radicalmente diferentes. La posibilidad de repatriación en 1956-1957 escindió las trayectorias del “colectivo”, porque si algunos regresaron a España (parte de los cuales volvieron, a su vez, al poco tiempo a la URSS), otros quedaron allá, y se integraron en la sociedad soviética, hasta los años 70, 80 y 90, o permanecen todavía en la actualidad.

2 Las notas y las reflexiones que aquí se ofrecen no serían posibles ni tendrían sentido sin la generosidad y el interés de Lisa, cuyas palabras protagonizan este ensayo. Un trabajo de estas características debe entenderse inevitablemente como una especie de ejercicio de gratitud. Por otra parte, me resulta difícil desgajar las interpretaciones y los pensamientos presentados, del trabajo común en el que se enmarcan y al que en buena medida pertenecen, junto con Marie-José Devillard, Susana Castillo y Nuria Medina.

3 Sobre algunos de los temas aquí planteados, he tratado anteriormente en Pazos (2002).

proporcionan su dinámica a los discursos se contemplarán exclusivamente como expresiones de la problemática fundamental del relato, que es, en términos de Ricoeur (1990), la “concordancia discordante”. Por lo demás, si es propio de la palabra autobiográfica activar y elaborar los recuerdos, expresar relaciones con el pasado en formas de temporalización, a una perspectiva como la que aquí comento y cuestiono le interesará fundamentalmente el funcionamiento de una memoria narrativa.

La reflexión en torno a estos supuestos revela que la aproximación narrativista a los discursos sobre sí considera sólo, y parece adecuada para considerar sólo, un tipo específico de problemática social (individual y colectiva): aquella que es básicamente identitaria. El tema de un relato autobiográfico es el yo, y el trabajo de significación en el que consiste es la construcción de una identidad narrativa para ese yo. Los discursos se abordan, pues, como una síntesis de la dispersión de acontecimientos; el problema que delimita su dinámica es el de la permanencia de sí. Plantear y cuestionar aquellos supuestos me parece importante, por cuanto la complejidad de formas y contenidos del decir sobre sí parece articular un campo que desborda la cuestión identitaria, en el seno del cual, en todo caso, parece posible comprender ésta (cuando se hace presente). Un campo que sería más bien el de la subjetividad. En este sentido, el cuestionamiento de una perspectiva narrativista va unido al interés por constituir la subjetividad como objeto de estudio para las ciencias sociales.

2. De la narrativa a la subjetividad

2.1. Lisa

Lisa es una mujer asturiana, que vive en Madrid, con la que Marie-José Devillard y yo mantuvimos tres entrevistas prolongadas durante otras tantas tardes en la primavera de 1995⁴. Cada una de estas entrevistas duró aproximadamente cuatro o cinco horas, y se realizaron todas en su domicilio. Además del material grabado, nuestras conversaciones con ella se prolongaron esas tres tardes, y posteriormente hemos mantenido diversos contactos esporádicos, tratando, en un contexto más “informal” (no de entrevista), diferentes temas relativos a la historia y las problemáticas de los “niños españoles”. Lisa es una de los 2895 niños que fueron evacuados a la URSS durante la Guerra Civil. Nació en 1925 en un pueblo asturiano, de padres campesinos. Su madre murió cuando ella tenía cuatro años y medio; era entonces la menor de tres hermanas. Al poco tiempo, su padre se vuelve a casar. Del segundo matrimonio de su padre, Lisa tiene varios hermanastros. El padre de Lisa muere en el Frente en 1936, y Lisa es internada, junto con su hermanastro mayor, en

4 En Devillard, Pazos, Castillo y Medina (2001) hemos explicado nuestro interés en esta investigación, que sin duda habría que plantear de manera más general, por realizar entrevistas con dos investigadores.

un orfanato de Gijón. Su hermanastro regresa a casa al poco tiempo, pero ella permanece once meses en Gijón. Desde aquí es evacuada, con el consentimiento de sus hermanas mayores, a la URSS; sale de Gijón en la tercera de las cuatro expediciones que se organizaron desde diferentes puntos de la geografía española, en septiembre de 1937. En la URSS, Lisa vivió y estudió en la Casa de Niños número 2 de Krasnovido, cerca de Moscú, hasta que en 1941, tras la invasión alemana, son evacuados junto con los miembros de otras Casas; desde Moscú bajan primero hasta Saratov, cerca de Stalingrado (actual Volgogrado), desde donde son nuevamente evacuados, durante la batalla de esta ciudad, hacia Bashkiria, en los Urales. En Birsik termina sus estudios elementales, y comienza a estudiar enfermería, que continúa en Ufá (capital de Bashkiria). En 1944, con el fin de la II Guerra Mundial, es enviada a Sierkojov, cerca de Moscú, donde termina sus estudios de enfermería. Entra a trabajar como comadrona en un hospital, pero al poco tiempo comienza la carrera de medicina (médico anestesista), que termina en 1951. Durante seis años trabaja en un sanatorio en Crimea. En 1957, cuando se les ofrece la posibilidad de repatriarse, Lisa se da de baja en su trabajo, regresa a Moscú y prepara su vuelta a España. Pero finalmente, en el último momento, decide quedarse en la Unión Soviética. Para entonces, Lisa había ingresado en el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética); en lugar de volver a Crimea a su antiguo trabajo, se queda en Moscú, trabajando en otro hospital. Se casa al poco tiempo con un español, exiliado en la URSS y miembro del PCE. En 1961, Lisa y su marido salen junto con muchos otros españoles hacia Cuba, para colaborar como especialistas y traductores. Permanecen en Cuba diez años, durante los cuales Lisa trabaja en un hospital en La Habana. Durante este lapso, Lisa viene, al menos una vez, a España, en 1964, a la boda de uno de sus hermanastros y a visitar a su hermana enferma en Oviedo. Viene sola, pues su marido no puede entrar en España. En 1971 regresan a Moscú, y Lisa enviuda en 1972. Durante esta década y la de los ochenta, se multiplican sus visitas vacacionales a España. En 1989, ya jubilada, Lisa regresa definitivamente a España y se instala en Madrid, donde vive sola. Sigue manteniendo estrechos contactos con “niños españoles” y con personas conocidas en la URSS y Cuba.

El caso de Lisa es particularmente significativo, y creo que guarda una estrecha conexión con las problemáticas que me he planteado. Es un rasgo peculiar de Lisa una disposición reflexiva muy aguda, relativamente autónoma de las condiciones y de la inducción propias de la situación de entrevista. Lisa narra, evoca y reflexiona en torno a su trayectoria y a sus experiencias, con unas disposiciones lingüísticas e interpretativas notables, que parecen, por lo demás, producto de esta trayectoria. Es algo patente en sus referencias culturales, en sus lecturas, en el conocimiento histórico del que hace gala, o en el léxico utilizado (que con suma frecuencia es un léxico médico). Pero, sobre todo, es patente en el interés y la habilidad para diseccionar dimensiones distintas de los acontecimientos relatados, en la disposición a volver sobre lo dicho, en la actitud extremadamente crítica y autocrítica, en el mante-

nimiento de un punto de vista relativista que contextualiza constantemente las propias posiciones o las posiciones de los otros, en el recurso a la tematización (a tratar temáticamente diversos aspectos de la experiencia vivida, e incluso a proponer temas de conversación sobre los que despliega un discurso ya estructurado como una especie de disertación), o en el uso de anécdotas como ilustraciones o material de reflexión. De manera general, se puede decir que la reflexividad, y una constante oscilación entre el distanciamiento crítico y la aproximación empática, es la característica más destacable de las palabras de Lisa.

Pienso que todo ello ha determinado en buena medida el que me planteara el tipo de problemas en relación al material autobiográfico y/o narrativo que aquí se exponen. Porque, en relación con los aspectos señalados, el discurso de Lisa presenta dos rasgos interesantes, que hasta cierto punto fuerzan una resistencia a una aproximación meramente narrativa. Uno es el frecuente, pero sobre todo muy explícito, uso de relatos como material de persuasión en una retórica que se entiende en relación al espacio de puntos de vista que constituyen los “niños”, espacio en el que la interpretación de la historia es un objeto en juego fundamental. El otro rasgo relevante es la desarticulación del orden cronológico y de la narración. Con suma facilidad, Lisa multiplica los registros discursivos, activando formas no narrativas de memoria, y pasa de uno a otro, revelando una compleja dinámica entre afirmación de sí y temporalidad, que no puede exponerse simplemente como constitución de una identidad narrativa.

2.2. *Narrativa e identidad*

La proliferación de relatos se refiere al hecho de que éstos se multipliquen en el decir, pero también a la presencia de formas diversas de narrar, re-configuraciones de los acontecimientos ya relatados de otro modo, contrastes entre intrigas, perfiles y líneas argumentales incluso contradictorias. Que en este caso (pero, sin duda, es un rasgo de muchos otros discursos sobre sí) destaque la proliferación de relatos diversos, podría entenderse como una prueba del carácter ubicuo de la narración. Ese hecho parecería justificar una aproximación que subrayara justamente la función de puesta en intriga como motivación de todo discurso sobre sí. En diferentes modos, la función narrativa absorbería el ámbito entero del decir. El problema que me parece que plantea esta multiplicación, no se refiere a las dificultades para componer con todo ello una sola historia de vida –en cuyo caso permaneceríamos dentro del punto de vista y de la problematización de discursos narrativista–. He cuestionado, más bien, el alcance de una comprensión de las dinámicas múltiples y dispares que las remitiera, en exclusiva, a una especie de lógica global. Me he planteado si, considerando los distintos contextos discursivos y las diferentes problemáticas a que las palabras parecen responder, es pertinente afirmar que en todos los casos lo que está en juego es una única apuesta intencional.

Entiendo que, de acuerdo a un enfoque narrativo, la diversidad de relatos no haría sino expresar la dialéctica entre la disparidad temporal de los acontecimientos y el orden con el que se trata de integrarlos en un sentido. Siguiendo las aportaciones de Ricoeur, se entendería que un proyecto intencional homogeneiza todos los actos de habla en que podría descomponerse el discurso sobre sí; todo discurso autobiográfico responde entonces, o se interpretaría como respuesta a una pregunta identitaria: ¿quién soy yo? La narración media entre la identidad-mismidad (en la que hallamos lo sociológicamente objetivo u objetivable del individuo, su “carácter”) y la identidad-ipseidad (posición del sujeto reflexivo, permanencia de sí): recoge la dialéctica entre una y otra en una dialéctica del personaje. Así comprendida, la identidad es, pues, la de un personaje de narración, que responde a la exigencia de concordancia y que admite, al mismo tiempo, las discordancias temporales que hacen peligrar la coherencia de la identidad. El sentido de todo discurso sobre sí, que constituye relatos, es el problema identitario al que el sujeto responde afirmándose precisamente como configuración narrativa (Ricoeur, 1990).

La diversidad de relatos, así como las tensiones que caracterizan sus relaciones mutuas, me parece que manifiestan una complejidad que no es posible abordar tan sólo en términos de “concordancia discordante”, y de permanencia de sí a través y por medio de una suerte de gestión narrativa de la variabilidad temporal. Si admitiéramos el modelo, tomaríamos a Lisa exclusivamente en su posición de “narradora”. Es decir, toda su enunciación -las situaciones, las posiciones como agente social, la intencionalidad que la constituye como sujeto- convergería, entonces, en una actividad (de habla) definida exclusivamente como “escritura” de yoes-personajes. Su enunciación sería así subsumida en un proyecto de síntesis autobiográfica; como si la dialéctica discursiva, y la dialéctica de los discursos con la realidad (de los pasados y del presente) se orientara hacia un “pacto autobiográfico”, hacia la constitución de una unidad “autor-narrador-personaje” (Lejeune, 1996:13-46). Sostengo la idea de que una característica ineludible de los discursos orales sobre sí es precisamente la desarticulación constante de ese pacto. Dicho de otro modo, que conviene una aproximación que en todo momento disponga en primer plano esta desarticulación, y que presente, entonces, las tensiones entre autor, narradores y personajes como dimensión específica de aquel decir sobre sí.

Varias reflexiones se siguen de esta tesis. Antes que nada, referidas a la categoría misma de “autor”. Quizá la necesidad de dar cuenta del uso de relatos de vida en ciencias sociales, debiera hacer suyo el espíritu de la meditación de Foucault sobre la cuestión “¿qué es un autor?” (2001). Una cuestión que se me antoja preciso plantear, por cuanto decimos, o damos por supuesto, que hay un autor del (o de los) relato(s), que vendría a ser el sujeto que, respondiendo a la demanda y la presencia del investigador, configura relatos en su decir. Retomar dicha categoría, en lugar de darla por evidente, supone preguntarse por: el tipo de unidad que el uso de la noción imprime en el material con el que trabajamos; la construcción tan singular de un

objeto (el texto) que llevamos a cabo por el solo hecho de suponer un autor del que emana su sentido. En suma, hemos de problematizar la constante identificación incuestionada entre autor y narrador que fundamenta los análisis. No sólo porque el autor del discurso pueda adoptar, cuando narra, perspectivas diversas –lo que lleva a asumir que un mismo discurso cobija voces distintas, y que no hay, por tanto, un narrador único que podamos identificar con el autor–. Al identificar autor y narrador, abordamos además a un sujeto que habla, atendiendo tan sólo a la estricta y estrecha función de narrador. En este sentido, el “autor”, en tanto que habla, debería presentarse en el análisis siempre como sujeto de enunciación más que “narrador”. La interpretación de los discursos sobre sí, de los discursos autobiográficos, debería mantener en vela en todo momento la distinción entre enunciados y situaciones de enunciación (Benveniste, 1966), en lugar de, o antes que aquella otra entre personajes y autor-narrador. En todo caso, esta última distinción, cuando resulta relevante, podría entenderse articulada en una conceptualización que obliga a no obviar el carácter primero de todo enunciado como acto de habla, y a dirigir la mirada al lugar externo y a la materialidad específica de la producción discursiva.

Oponemos de esta manera dos aproximaciones a los discursos, basadas en supuestos muy distintos. Una, que podríamos llamar “textualista”, porque delimita como objeto para el análisis una dinámica que es, en último extremo, puramente textual. Al caracterizar al autor como narrador, y reducir el discurso a relato, la dialéctica entre palabra y realidad mediante la que se articula el sentido resulta ser la formación de un texto a partir de un material que consiste en acontecimientos (puesta en intriga). De otro lado, una aproximación que llamaríamos “pragmatista”, que subrayaría las propiedades que, en tanto que práctica, tiene el discurso. Como sujeto de enunciación, el autor emite discursos en un contexto que es constitutivo de su decir. Pero el autor es también un agente social constituido. El sentido es, pues, producto de una dinámica externa: se elabora desde un lugar social preconstituido, y en un contexto en el que están en juego desde un principio las relaciones con los otros (con los que, contra los que, hacia los que..., se emite el discurso).

Al situar el discurso en la “relación con los otros” que contextualizan su producción-enunciación, y no en una dialéctica interna “acontecimientos-sentido”, se trata menos de restablecer un entramado intersubjetivo que de recordar el carácter sustantivamente social del habla (Voloshinov, 1992:118-137). Entre otras cosas, esto quiere decir que la dinámica externa a la que nos referimos es situacional y posicional a un tiempo. Porque aunque sea necesario restituir las situaciones de enunciación, éstas no pueden comprenderse sólo en y por sí mismas. La verdad de las situaciones no se revela sin más en una lógica situacional. Resistiendo a una visión ingenuamente empirista de la interacción discursiva, se precisa un restablecimiento progresivo de las posiciones, y de las relaciones entre posiciones, en un espacio en el que cada enunciación se ubica, por sus semejanzas y sus diferencias, en relación a otras, efectivamente presentes o no en la actualidad de la situación. Toda enun-

ciación, en este sentido, puede interpretarse como formando parte de un “espacio de puntos de vista” (Bourdieu, 1993:9), definido por las conexiones estructurales entre distintas perspectivas en torno a problemáticas comunes. Para toda enunciación habría que tener en cuenta no sólo las situaciones de habla, sino el espacio social del que forma parte y en el que se distingue como punto de vista entre otros. El discurso de una “niña española” como Lisa se comprenderá en la medida que puedan restablecerse los puntos de vista que otros sujetos de enunciación mantienen (otros “niños españoles”, familiares, exiliados, instituciones, periodistas, investigadores, etc.), todos ellos relativos, en diferentes grados y maneras, a asuntos en juego comunes que constituyen propiamente el espacio en cuestión; son las interpretaciones y valoraciones a las que, implícita o explícitamente, se dirige Lisa, y con las que compete en la interlocución.

Las problemáticas comunes a las que se refieren los puntos de vista no pueden, a su vez, entenderse mientras no se tenga en cuenta las posiciones y las trayectorias sociales, así como las relaciones mutuas de los agentes sociales que mantienen aquellos puntos de vista. La posibilidad de hablar de un “espacio de puntos de vista” en el que se ubican sujetos de enunciación, indica que éstos, en tanto que se definen objetivamente como agentes sociales, mantienen también entre sí relaciones de encuentro o competencia, y han seguido y siguen líneas convergentes o divergentes, constituyendo una especie de “campo” (en un sentido cercano, aunque aquí el concepto se use sólo metafóricamente, al de Bourdieu). Entender el discurso de Lisa como punto de vista exige, entonces, retomar en diversos momentos de su interpretación los datos pertinentes de su trayectoria y posición como agente social, desde su itinerario profesional hasta la fecha y las condiciones de regreso a España, variables que la conectan estructuralmente con otros agentes del “campo”, y que interactúan en la producción de los puntos de vista.

*

Gracias a su amplio conocimiento de las experiencias y opiniones de otros “niños españoles”, y por sus disposiciones relativistas y críticas, Lisa explicita con frecuencia la diversidad de puntos de vista con los que dialoga más allá de la interlocución de la entrevista, especialmente cuando habla de aquellos temas que son motivo de discordia entre los “niños españoles” y que suscitan interpretaciones enfrentadas. En este caso, el asunto inicial es la evaluación que hace de un libro recientemente publicado (VVAA, *Nosotros lo hemos vivido. Homenaje de los “niños de la Guerra española” al pueblo ruso*; Madrid; Imprenta Garso; 1995), en el que varios “niños” cuentan sucintamente y según un mismo esquema básico su experiencia vital. Todos ellos han llegado a España en los años noventa, y viven en la residencia El Retorno, en Alalpardo (Madrid). La edición del libro está preparada por “Don Víctor”, que aunque no forma parte del colectivo de “niños españoles” en Rusia, es una figura relevante, promotor del regreso y de la estancia en la residencia de este grupo de “niños”, representante público también en diversos actos -como la

presentación del libro que se comenta- del colectivo. A partir de esta evaluación, Lisa diserta sobre uno de los temas conflictivos, que en su discurso es recurrente: el trato recibido en y por la URSS (por el régimen soviético, pero en relación con ello por el pueblo ruso, por el PCE, por los dirigentes españoles en la URSS, etc.), y el tipo de vínculo que, a consecuencia de este trato, ata aún a los “niños españoles” con “aquello”. En principio, y de un modo ultrasimplificador podríamos hablar de la oposición de dos grandes argumentos: una historia de acogimiento y protección, que da un discurso de agradecimiento; y una historia de desinterés (y/o manipulación) y abandono, que da un discurso crítico. La imagen que se trasluce en el libro, cuestionada por Lisa, vendría a sostener el tipo de interpretación dramática que encontramos frecuentemente en aquellos que han regresado en los años noventa a España, y que mantienen diversos contenciosos con las administraciones rusa y españolas (central y autonómicas) en torno a la formalización de su situación y estatus. Cuando repasamos los discursos de todos los “niños españoles”, encontramos casos más cercanos a uno u otro polo. Desde luego, las posiciones se diversifican y, a partir de cierto momento, la dicotomía ordenadora no sirve ya para dar cuenta de tal complejidad. En su propio discurso, Lisa deja ver que la disparidad no se resume, en efecto, en el par de polos antagónicos, y que la ambivalencia es la dominante (las matices con que se distancia y se acerca a lo que en el libro se dice son expresión de esto mismo). Los fragmentos seleccionados muestran, por lo demás, la versión que de la historia mantiene la propia Lisa, versión que toma sentido en y por sus conexiones con otras. El interés de Lisa por los detalles de la formación y la educación que aporta el libro, es relevante (minucias del recuerdo insignificantes cuando se consideran desde un punto de vista exterior al espacio en cuestión, y a las problemáticas y los intereses, por tanto, constitutivas e insorteables para quienes están inmersos en ese espacio), porque efectivamente éste suele ser un aspecto fundamental en su argumentación en defensa del papel desempeñado por la URSS: la organización y la planificación de los estudios, incluso en las condiciones penosas de la evacuación durante la II Guerra Mundial, son objeto de largos excursos, y utilizadas como pruebas de que la imagen de abandono no es veraz (amén del papel que desempeñan para Lisa en la formación histórica de sus propias disposiciones para el estudio, fundamentales en algunas de sus presentaciones de sí). En esta ocasión, Lisa no sólo rescata los puntos de vista de aquellos a quienes responde su palabra (autores del libro, su amiga Mili, el papel desempeñado por Don Víctor, etc.), sino que apunta igualmente las condiciones vitales y de las trayectorias que están detrás de unas u otras interpretaciones, indicando momentos en que las trayectorias se han escindido y han contribuido a crear puntos de vista diferenciados. Al mismo tiempo, Lisa se presenta a sí misma de acuerdo a una manera de ser (autonomía, voluntad, resolución de carácter...) que la diferenciaría de otros sujetos, y que resurge en otros momentos en su discurso, cuando habla de su trayectoria política o de sus actividades profesionales por ejemplo. Puesto que retóricamente hace depender los rasgos

de esta manera de ser de una especie de decisión o al menos de un momento resolutivo clave en su trayectoria vital (fin de los estudios), el discurso no rescata aquí lo que es posible conocer cuando se abarca la totalidad de sus palabras: los elementos de la trayectoria que habría que restablecer para explicar la conformación y el mantenimiento de las disposiciones que constituyen esa manera de ser; esto es, su trayectoria profesional, su capital económico y cultural y, sobre todo, social, sus vinculaciones políticas, entre otros factores.

*

“Mili está tan entusiasmada, está loca con ese libro... Yo no terminé de leerlo, estoy en las últimas páginas, y aquí en las conclusiones (...) Pero a mí me parece que este libro es como dicen... Allí hay un refrán que dice que a veces la misa empieza con un canto a la vida y termina con una plegaria, porque es que yo no sé si él [Don Víctor] lo formuló así, o los que están allí lo contaron de tal manera, pero la verdad, tal como lo pinta la gente que ha vivido no hay nada que agradecerles me parece a mí (...) Y el principio, pues sí, hace un canto a todo eso, pero luego te lleva directamente a unas conclusiones... Y además todo el tiempo tiene una equivocación enorme, porque habla la enseñanza primaria y tal tal tal... Hay muchos que empezaron con la secundaria porque iban ya preparados desde España, y tampoco la edad de catorce años era un límite. Depende, fueron algunos, por desgracia, durante la Guerra, que sacaban de la Casa de Niños a la formación profesional con catorce años, pero generalmente con catorce años no salía nadie de la Casa de Niños, durante la Guerra a aquellos que estudiaban mal y eso, entonces eso sí, lo mandaban a una escuela de formación profesional, pero es que él pone un límite, que parece que todos empezamos allí desde la primaria, yo la empecé pero... (...) Yo no estoy entusiasmada con el libro, por supuesto Mili está loca con él. Hombre, yo no puedo decir que esté mal, porque (...), y sobre todo me agrada mucho la primera página, eso de “un testimonio de agradecimiento”, eso sí, con eso lo firmo sin ninguna clase de reparo, pero no... Si además se le ve muy bien el estilo de Don Víctor, que por otra parte es el único que pudo hacer esa cosa, porque los chavales que están allí [en la residencia El Retorno] (...) tienen una preparación mínima (...) Y el esfuerzo es de aplaudir (...) Además, que es verdad, poner ahí unas biografías que es para llorar, todas, es que no hay una que tenga un rayo de luz, en serio (...) Porque parece que ahí nadie fue joven, nadie se divirtió, no, no, una cosa... todo negro negro (...).”

-Conocía al que estaba en Krasnovido [uno de los autores del libro estuvo en la misma Casa de Niños que Lisa]

“No me acuerdo de él, hay uno que por el apellido sí, o sea, me acuerdo de su hermana, pero por la edad que tiene ése, ése era de los pequeños, la diferencia eran seis años, pero es muy distinto seis o doce (...) Luego hay otro (...) que también es de Krasnovido (...) no me acuerdo en absoluto de él, es que de los pequeños no nos conocíamos, porque luego ¿qué pasa?, como yo salí de la Casa de Niños pronto y

luego, más tarde, ¿sabes qué pasó?, nos fuimos dispersando, nosotros nos fuimos a estudiar enfermería, luego seguimos la carrera después de un año especial que nos dieron de preparación, porque no teníamos formación en física, en química, en matemáticas y nos tuvieron que dar... Precisamente yo le discutía a Mili el domingo, porque Mili tiene una fijación con el Partido, que si nos abandonaron, que si no sé qué, que si se vinieron a España y no nos dijeron nada... Digo: Mili, si tú ya tenías sesenta años [ríe], por Dios, ya tenías nietos y ¿tienen que llevarte de la mano todavía?. Pero bueno, ella tiene esa opinión, o sea, yo entiendo que la dirección del Partido..., porque otra cosa es los que había, mucha gente allí del Partido que no pintaban nada (...), o sea, que pasaron peor que nosotros, los mayores, que pasaron aquí la guerra y eso, pero es que la dirección del Partido claro que se ocupaba más de..., o sea, se integraron plenamente, y como allí el aparato del Partido tenía muchos privilegios, y todos ellos vivían por supuesto en unas condiciones muy distintas (...) Pero es que yo soy de la opinión de que una vez que ya éramos mayores de edad, que ya tenías tus estudios, tu familia, hijos, nietos, todavía te tienen que ir llevando de la mano... "Ellos vinieron a España y no nos dijeron nada". Pero ¡qué tontería!, tú eres libre también de venir, por qué no vinimos... Unos se atrevieron y pasaron lo que pasaron [los que regresaron en 1956-1957], hoy en día están bien, nosotros no, no hemos tenido esa valentía... Ella dice, Mili, que ella no (...) Yo desde que terminé los estudios yo nunca recurría para ayuda, y hasta cuando me la ofrecían no la cogí, porque me parecía... Y eso que la necesitaba, pero me parecía que era cuestión de caminar yo solita, pero ya os decía yo, entre nosotros era mucho infantilismo, esa superprotección, porque allí te daban, por ejemplo, la beca, era muy pequeña, pero luego te daban de aquí de allá, siempre estábamos pidiendo, que si al sindicato que si al otro, y siempre nos caía algo, y entonces seguimos con esa mentalidad, "porque todo el mundo nos tiene que ayudar" (...) Eso es un poco propio del sistema, y luego sobre todo la educación, que siempre nos sentimos que alguien nos tenía que ir sosteniendo, como unas muletas, primero era el Partido, luego... no sé, es una ma-nera de ser que hasta hoy día nos toca mucho a mucha gente, y los mismos que están en El Retorno, hay muchos que plantean "tienen la obligación de darnos casa, tienen la obligación de tal". Nosotros les decimos: "bueno, ¿cuántos españoles hay que no tienen residencia como tenéis vosotros?". Allí hay dos grupos, hay unos que están totalmente encantados, y muy contentos y agradecidos, y hay otros, que nada..."

*

Una aproximación "pragmatista" asume, por tanto, que ni el discurso ni el autor son elementos originales o primeros; que, en tanto que son "palabra" y "sujeto de enunciación-agente social" respectivamente, se dice una y dice el otro en un espacio y en un "campo" sociales que son condiciones estructurales de la enunciación. Aún más, creo necesario asumir que el discurso mismo precisa imaginarse, para ser interpretado, como un plano en el que se formulan, sucesiva o simultáneamente, pers-

pectivas distintas. Esto es, no se trata sólo de ubicar posicionalmente el discurso sino de afirmar, además, que éste consiste en una dinámica posicional. Entre otras cosas, conviene verlo así por la complejidad específica del entramado de pertenencias y de la heterogeneidad de la trayectoria propias de todo agente social, que impide caracterizar a éste unilateralmente, y que, en esa medida, no hace previsible que a un agente social le corresponda un único punto de vista característico. En este sentido, podría intentarse siempre una singularización de todo agente social-sujeto de enunciación, como nudo complejo y problemático de posiciones-puntos de vista (al modo en que Lahire (2000, 2004) se lo figura como entramado disposicional en lugar de reducido a un solo **habitus** generador).

Sería posible tratar la diversidad de narraciones que un discurso acoge, no como el trabajo de una intención integradora configurando una “concordancia discordante”, sino como la expresión de voces narradoras que resultan ser puntos de vista distintos conectados entre sí. Las tensiones entre autor, narrador y personajes, se refieren a los conflictos complejos entre sujeto de enunciación, puntos de vista y sujetos de enunciados, derivados del nudo de posiciones y trayectorias del agente social en “campos” sociales. La proliferación de narraciones en el discurso sobre sí remite, pues, en primer lugar a las condiciones sociales de su producción más que a un proyecto o una intención originarios de sentido que, sin poder explicarse él mismo, permitiera comprender todo habla sobre sí como relato.

Pero habría que plantear, no obstante, si es suficiente una lógica posicional cuando se trata de dar cuenta de las dimensiones subjetivas (del sujeto de enunciación) que aquí parecen estar implicadas. Esta noción caracteriza y tiende a reducir, a su vez, las expresiones del discurso a afirmaciones, negaciones, superaciones o contrastes de puntos de vista. La cuestión es si las valencias subjetivas que manifiesta la palabra pueden tomarse sólo como posiciones en diálogo competitivo respecto de asuntos en juego comunes. Con mucha claridad, esta lógica posicional encuentra sus límites cuando la articulación subjetiva se expresa en torno a una ausencia de posición o a vinculaciones dobles. En un discurso autobiográfico, la forma típica de lo que podría interpretarse como diálogo competitivo consigo mismo es el distanciamiento o la autocrítica actual respecto de una posición pasada. Una narrativa de la transición de una a otra posición, o una dialéctica entre las dos posiciones, serían fórmulas de gestión discursiva de los cambios temporales para producir la coherencia identitaria del mantenimiento de sí. Quiero insistir ahora en las formas del discurso que no resuelven narrativa ni dialécticamente esta tensión, y que sustentan, más bien, una especie de doble vínculo; es decir, que parecen mantener activadas, sucesiva o simultáneamente, una y otra vinculación subjetiva (aunque desde el punto de vista de la coherencia identitaria sean contradictorias). En el caso de Lisa, por ejemplo, estas formas toman protagonismo cuando habla de su familia de origen (tema al que volveremos más tarde), o cuando problematiza sus posiciones y actuaciones políticas.

*

El “discurso político” de Lisa no es exactamente la narrativa de un distanciamiento. A pesar de que, ciertamente, la distancia temporal e ideológica, así como la crítica y la autocrítica están ahí en juego, tampoco es fácil interpretarlo exclusivamente como diálogo, replanteamiento y confrontación de posiciones. Creo que lo que aparece son, más bien, deslizamientos de unas a otras posiciones, asentamientos simultáneos en posiciones divergentes, y, en suma, formas que dejan el juicio en suspenso; se diría, incluso, que es esta suspensión la que centra su valor subjetivo. Porque si a través de ellas se manifiesta un sujeto, no lo hace en una línea narrativa que mostrara la permanencia de una identidad, ni en un vuelco, una ruptura o una transición que afirmara, narrativa o dialécticamente, un yo presente respecto a un yo pretérito al que anula. Discursos como aquellos en los que Lisa revisa su posición ante la invasión de Checoslovaquia y reflexiona sobre la complejidad de su vinculación política, presentan una gran densidad subjetiva, y mantienen un “yo era” que no equivale sin pérdida a un “he dejado de ser” ni a un “sigo siendo”. Hay en ellos una ambivalencia, una deriva y una indefinición características.

El tipo de vínculos, asentados en momentos históricos y a través de procesos diferentes (de donde la conveniencia de hablar de “pasados” más que de “pasado”), que se expresan sin anularse, porque no se ofrecen como posiciones en disputa, que son constitutivos de las tensiones y desplazamientos propios de la subjetividad, se revela en diferentes momentos de la vasta elaboración discursiva de Lisa sobre la política. Las posiciones respecto de las voces críticas hacia la URSS y/o respecto de las voces de los “nostálgicos” -voces, unas y otras, que el discurso de Lisa integra de manera compleja y ambivalente en su decir- manifiestan la misma formación subjetiva. Al repasar los circunloquios de esos discursos nos percatamos que no se trata de un mero ejercicio de equidistancia o de conciliación. Antes bien, resultan ser la posición de quien reúne sin resolver contrarios. Por eso ocurre con el discurso de Lisa que si seleccionáramos determinados segmentos sacaríamos la conclusión de que ella es hoy la persona “sectaria”, “maximalista”, “prosoviética”, etc., que en ocasiones afirma haber sido en otro tiempo; y si seleccionáramos otros desarrollos, Lisa estaría próxima a quienes acusa de deslealtad respecto a la Unión Soviética.

“Pero yo también en eso del Partido no tuve mucha, porque yo pertenecía al PCUS, yo al Partido español en sí no ingresé nunca. Lo que pasa es que luego, estando en Cuba, pues nos consideraban, como ya dejamos de ser del PCUS nos consideraban que éramos del Partido de España, y en Cuba sí teníamos mucha actividad, porque en la SACE, lo que había sido el Centro Gallego, un local enorme que hay en el centro de La Habana, en La Habana más bien vieja, allí está el Centro Asturiano, el Centro Gallego, son unos edificios enormes, además como siempre estaban en piquilla las dos emigraciones, las más ricas de Cuba y todo eso, nosotros nos reuníamos en el Centro Gallego, que allí funcionaba lo que llamaban la SACE, Sociedad de Amistad Cubano-Española, y allí nos reuníamos para las discusiones

políticas, era cuando precisamente todos los problemas a partir del sesenta y ocho, cuando el problema de Checoslovaquia, y cuando empezaba ya el problema entre Claudín y Carrillo, y bueno, etcétera. Allí sí, en Cuba había mucha actividad, yo era bastante sectaria, sí, sí, yo no lo entendía... Yo, lo reconozco ahora, pero yo no lo entendía, a mí me parecía que, por ejemplo, cuando el problema de Checoslovaquia yo estaba a favor de la invasión. A mí me parecía que deshacer el bloque soviético que era una tragedia, que todo lo que fuera, por los métodos que se hicieran, pero todo lo que fuera debilitar el bloque soviético que era (...) Yo me pasé en Cuba del sesenta y uno al setenta y uno. Y ya te digo, a mí me costó..., para mí fue como, como una enfermedad tremenda, me costó años ir asimilando, ir viendo las cosas, creyéndolas, porque no las creía... Y no es porque nadie..., es que nosotros idealizábamos mucho, y además ¿qué pasa?, yo siempre decía: "construir el socialismo". Porque yo era del PCUS, pero yo nunca tuve ninguna ventaja por ser del Partido, como ahora, lo que me pesa es haber pagado tantas cuotas como pagué en mi vida [risas] y más trabajo que otros... Pero yo era muy maximalista, yo me parecía que a la hora de trabajar tenía que dar el ejemplo por encima de todos, porque si yo era del Partido... Si tenía que hacer algún trabajo, de propaganda, lo que fuera, yo terminaba, sólo después de terminar mi trabajo, otros lo hacían durante el trabajo, yo no, yo para eso era muy exagerada, y en general yo siempre fui muy activa, estando incluso en Crimea, en la secretaría del sindicato, siempre hice mucho trabajo social, y luego pues... Pero así, beneficios, de querer cargos y eso, en la vida... Me los ofrecieron, pero yo nunca en la vida, porque yo siempre dije que yo lo único que sabía hacer era curar enfermos, además yo me encanta mi profesión, me encantó toda la vida, lo hice siempre con un entusiasmo tremendo y nunca me quise dedicar a otra cosa que eso, pero... Yo, incluso empezada la perestroika, la perestroika la acepté encantada de la vida ¿eh?. Es más, que yo siento hacia Gorbachov mucho más respeto que otros, pero creo que sencillamente se le fueron las cosas de las manos. Pero, bueno, yo siempre pensé que era bueno que existiera un bloque socialista, que eso paraba hasta cierto punto... Hombre, está la enfrentación bélica que había, que iba surgiendo, pero es tan injusto echarle la culpa de todo al bloque socialista... Porque es que la Unión Soviética toda la vida estuvo acosada, toda la vida... Hace la revolución, que bueno, hoy dicen que no tenía que haber habido tal revolución, pero yo siempre digo: por mucha demagogia que hubiera habido entre los bolcheviques, que ahora resulta que eran un puñado de judíos, que no sé qué que no sé cuántos... De todas formas, un pueblo que vive bien nunca hará una revolución, para qué va a hacer la revolución un pueblo que vive bien... No señor; si el pueblo le siguió es porque el zarismo estaba tan desprestigiado..., la Primera Guerra Mundial había conducido a una situación tal, había tal hambre y tal situación en el país que, claro, le siguieron... Otra cosa es que luego las cosas no se hicieron como debieran hacerse, o sea, la doctrina es una cosa y la práctica fue otra muy distinta. Entonces termina la revolución y empieza la guerra civil, mejor dicho,

la intervención, los catorce países que atacaron, que yo no sé ni cómo se pudo, es que todos, Japón, Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, uno desembarcaba en Crimea, o sea... catorce países, y ese pueblo pudo con ellos. Entonces, cuando termina la guerra civil no funciona ningún ferrocarril ni nada, nada. Hubo un momento que era tal la pobreza que hasta Lenin dijo: o vencemos al piojo o el piojo vence a la revolución. Porque aquello era de espanto, porque quiera o no, a través de esa nueva política económica de Lenin levantó un poco la cabeza los años veintidós, más o menos, veinticuatro. Quizá hubiera seguido, lo que pasa es que luego Stalin lo cortó todo, luego vino el desastre de la colectivización, que fue una barbarie lo que hizo Stalin, y bueno, las cosas, toda la represión, todo eso, pero ¿comprendes?, que nosotros todo eso, la colectivización te lo planteaban de una forma, nosotros no lo veíamos como lo vemos ahora... Yo no sabía que existía el gulag, todo eso... Luego los esfuerzos que se hicieron, el sacrificio para construir esa industria, para poder armarse, porque ya se veía que Alemania venía a por ellos, luego el sacrificio que representó esa guerra, luego todo lo que costó reconstruir el país... Porque sabían que mientras existiera eso siempre estarían detrás de ellos, y entonces empezó estos y los otros esto... con la diferencia de que ellos eran muy ricos y Rusia invertía dos terceras partes de eso en armamento, y por eso se llegó hasta donde se llegó, porque no se podían construir hospitales ni modernizar fábricas ni nada, porque todo iba para el cosmos y para la defensa... ¿Que no habría que haber llegado a eso? Sin duda, pero ¿habría estado dispuesto el otro mundo, el otro campo a que se fortaleciera Rusia? Si además el propio Reagan lo decía: "yo acabaré con Rusia sin un tiro, solamente imponiéndole tal carrera armamentista que ella no pueda aguantar". Y eso pasó. Porque luego resultaba que qué, que se había hecho la revolución para qué, ¿para vivir peor que en cualquier país burgués? Porque aparte de la mala política lo real era eso. Incluso tú veías que la gente, yo lo veía por las enfermeras y eso, "mira, yo estoy dispuesta a sacrificarme lo que sea, pero que no haya guerra". Allí era tal el pánico que había a una nueva guerra que con tal que no hubiera guerra estaban dispuestas al mayor sacrificio, pero que se invirtiera en defensa todo lo necesario, eso el pueblo llano, otra cosa sería los Sajarov y la gente inteligente que veían hacia dónde íbamos y lo que estaba pasando, nosotros que nos parecía que teníamos una vida normal, claro, yo venía a España y yo veía que, por ejemplo, yo no vivía peor que mis hermanos, pero yo vivía, veía cómo vivía un médico aquí. También estábamos educados de otra manera, tenemos otros valores francamente, yo misma ahora, por ejemplo, qué sé yo, con lo que yo mando y con lo que yo ayudo y con la gente que me visita y eso, yo podría dedicarme a viajar o comprar una joya, a mí eso no me llama en absoluto, o sea, viajar sí, voy a México a ver a la familia, pero con la misma la mayor satisfacción es poder ayudar a alguien y me parece que vivo bien, que vivo normal, sin lujos y eso, yo no estoy hecha a eso, no sé (...)

-Cuándo empezó a distanciarse...

“No, no es que me haya distanciado, yo seguiré siendo de izquierdas toda mi vida, y en muchas cosas no podré cambiar, sin embargo yo ahora no pertenezco a ningún Partido ni quiero saber nada de Partidos porque yo estuve en muchos Partidos, yo estuve primero en el PCUS, bueno, pionera, komsomola, luego en el PCUS, que ingresé en Crimea, porque yo no quería ingresar en Crimea en el Partido ni nada (...).”

-Cómo fue el ingreso en el PCUS...

“Entonces yo tenía veinticinco años, veintiséis iba a cumplir y nada, pues como era muy activa, además era casi un bicho raro (...) Y nada, al poco tiempo, me empiezan, allí a los veintiséis años ya sales del komsomol, por la edad, me parece que se ingresa a los catorce y es hasta los veintiséis, y a los veintiséis si quieres ingresas en el Partido y si no te quedas fuera. Y a mí como vieron que ya llegaba mi edad, empezaron a convencer de que ingresara en el Partido, yo no quería de ninguna manera porque no me gustaba el ambiente que había. Había una organización del Partido muy fuerte, porque había muchos que habían luchado en la guerra (...) Entre la gente que había hecho la guerra había muchos que bebían mucho, primero porque, en general, el ruso es dado a la bebida, y en segundo lugar porque la guerra, entre otras desgracias, también trajo eso, porque allí imagínate en puro invierno, cuando hay que dormir encima de la nieve y todo eso, pues los cien grados del vodka entraban en el racionamiento del soldado (...) Entonces, cuando terminó la guerra había gente que se había habituado, y además el ruso que no sabe beber, porque si él bebe es para emborracharse, no sabe parar (...) Entonces, a mí eso siempre me cayó muy mal, yo veía que aún siendo buena gente y todo eso, pero yo a veces los veía en situaciones que yo decía: pero ése ¿es del Partido?. Como yo imaginaba que el del Partido tenía que ser una persona tan pura, tan limpia, tan recta, yo no quería ingresar, pero entonces me empezaron a plantear como que yo tenía reservas, porque yo no ingresaba (...) Entonces, yo lo pensé y digo: bueno, al fin y al cabo, yo no voy a vivir aquí toda la vida, ya me iré a otro colectivo... Yo siempre tan idealista me imaginaba: bueno, éstos no merecen llamarse comunistas, pero habrá otros que sí lo merecen... Y nada, pues ingresé. Pero allá es un año (...) que eres candidato, y luego ya al año te admiten, si has cumplido, y precisamente cuando yo era candidato era cuando me decido venir a España, porque ya había empezado la repatriación. Entonces yo fui al comité del Partido, a la ciudad, fui a plantear que yo me venía para España, porque como era del Partido me parecía que tenía que decirles “yo soy del Partido y me vengo a la España franquista”, “bueno, pues nos parece muy bien que se vuelva usted a su patria y tal”, “sí, pero es que yo soy candidata a eso”, dice: “no importa”. Me faltaban unos cuatro meses para que se cumpliera el año, que me dieran el ingreso... “Para que vaya usted ya comunista la vamos a admitir antes, fíjese si tenemos confianza en usted que la vamos a admitir”. Bueno, eso a mí me supo a gloria, porque para mí era eso un reconocimiento tremendo, lo que pasa es que luego dejé aquello, me fui a Moscú, y como la expedi-

ción salía unos meses después, yo recibí cartas de aquí, que lo pensara mucho, que no tenían trabajo, que tal, no me decidí y me quedé. Y luego ya seguí como una del PCUS, una más, por eso no vine a España. Pero conmigo sí tuvieron esa actitud, de toda la confianza del mundo. No, es que con nosotros tenían un..., por lo menos en lo que a mí se refiere, una confianza ciega”

Tiendo a pensar que estas formas no expresan una dinámica integradora, ni responden a una solicitud identitaria. Antes que la constancia de una identidad, me parece que manifiestan bien la diversidad de vinculaciones o valencias afectivas –para decirlo al modo de Elias (1990:17-84; 1982: 161-191)–, activadas o desactivadas en diversos momentos, que vinculan al sujeto con los otros, con otras instancias sociales (aquí el Partido, el comunismo, etc.), y con los acontecimientos de los pasados. Dicho de otra manera: los eventos temporales no son sin más retos para un proyecto de unidad del sentido; afectan de maneras distintas, incluso contradictorias y sin resolución, al sujeto. La posición ante los sucesos que jalonan la evolución del régimen soviético, y el problema planteado por el conocimiento *doloroso* de una realidad hasta cierto momento (nunca bien determinado) no conocida, es una ilustración muy clara del entrelazamiento de vínculos ideológicos y afectivos que produce estas formaciones de “doble vínculo”. Las críticas que, desde un determinado lugar y a partir de un momento histórico, hace el sujeto, no niegan ni invalidan el valor afectivo de los vínculos anteriores; incluso, es posible que éste resulte singularmente subrayado gracias a ello. Lisa resume de manera muy gráfica la cuestión, en un lugar de las entrevistas: “*a mí se me fueron abriendo los ojos poco a poco, fue un proceso muy doloroso tener que asumir todo eso (...). Porque tenemos también tal cariño a aquello, en su mayoría... Es como esa madre que tiene un hijo, que sabe que es un sinvergüenza pero no se lo cuenta a nadie, porque es su hijo, le duele...*”⁵ En el discurso, todo esto se manifiesta a través de registros que no producen narración, o por medio de relatos con funciones distintas de las narrativas. Nos vemos conducidos así directamente al segundo punto que quiero discutir.

2.3. Sujeto y subjetividad

Como he apuntado más arriba, otro rasgo de los discursos sobre sí que lleva a revisar un enfoque narrativo, es la presencia, en su seno, de formas no narrativas de memoria. Una perspectiva centrada en los relatos puede obviar el valor singular de formas que resultan ser, más bien, poéticas, e incluso ensayísticas. Sin embargo, éstas advierten de algo que no se puede pasar por alto: cuando se proponen expe-

⁵ Como señalamos en Devillard, Pazos, Castillo, Medina (2001:175-176), en los discursos de muchos “niños españoles” la figura de Stalin es sometida a un tratamiento similar, que de manera muy significativa recuerda la ambivalencia de las relaciones paterno-filiales. Lo que en estos casos, como en el de Lisa, destaca es que al introducir la legitimidad de los lazos afectivos, las referencias al pasado no se

riencias subjetivas como objeto de investigación, la noción misma de “sujeto” resulta cuestionable.

Es un presupuesto genérico del narrativismo, profusamente desarrollado para la investigación psico-social por Bruner (1991;1996), que los seres humanos se hacen a sí mismos narrativamente. Lo que pretendo subrayar ahora no es el modo específico de ese “hacer” (adverbialmente marcado como narración), sino la afirmación más básica de un “hacerse”. De acuerdo al presupuesto, el ser humano es sujeto, y lo es en tanto que “se hace”: la noción de “sujeto” está asociada aquí a la de “autopoiesis”. El discurso autobiográfico se comprende en tanto que trabajo activo, producción de sí, producción de un yo-objeto por un yo-sujeto. La perspectiva narrativista se situaría así decididamente del lado del subjetivismo, en contraposición a un abordaje objetivista del individuo en sociedad como agente social. En la división epistemológica que atraviesa la historia de las teorías sociales, el yo –según este punto de vista- se asienta como elemento nuclear, en tanto que producto-agente social o en tanto que productor-sujeto.

La cuestión es si toda aproximación a experiencias subjetivas puede reconocer su objeto de interés en esa idea del sujeto como yo auto-poiético; y si no es posible avanzar hacia una constitución diferente de la subjetividad, que no dependa de la idea central de un yo integrador. En otras palabras, si consideramos al yo como parte de un conjunto de experiencias subjetivas, presente a través de las imágenes del yo por ejemplo, o si lo contemplamos como el elemento que, trascendente a ese conjunto, puede dar cuenta de lo que en él sucede. Es posible caracterizar un enfoque subjetivista en ciencias sociales echando mano de la noción de Elias (1990) de “compromiso” o “implicación” en un problema o situación social. El estudio de la subjetividad, en cuanto que investigación sobre esos compromisos, no supone tanto la constitución de un ámbito de realidad específico, sino una posibilidad abierta para la aproximación sociológica a cualquier objeto (problema o situación social). Aquel concepto de “compromiso” se refiere, en Elias, al grado en el que una persona está afectada por el mundo social. De acuerdo a ello, el estudio de la subjetividad podría entenderse como el estudio de la manera en que se ubica, como sujeto, el individuo respecto de esas situaciones y problemas: la manera en que actúa (lo que hace con lo que de él se ha hecho, el carácter reflexivo del sujeto). Pero se entendería también como estudio de los modos en que el sujeto es sujeto afectado pasiva o pasionalmente, por así decirlo.

resuelven en un mero ajuste de cuentas ideológico. Quizá algunas posiciones intelectuales sobre la experiencia del "socialismo real", desde luego mucho más conocidas y reconocidas que las de personas como los "niños españoles", son más proclives a negar, e incluso a reprimir (en sentido freudiano) el valor afectivo del pasado, y proclamar exclusivamente cambios ideológicos espectaculares. Escuchando a Lisa, y a otros "niños españoles", he recordado con frecuencia la alusión de Augé al libro de Furet y todo lo que implica: "Muchos antiguos comunistas han evocado el pasado de su ilusión. ¿Hemos oído alguna vez la voz de los otros?" (1998: 63).

Discutiendo la noción y el valor de la singularidad y del análisis individual en ciencias sociales, Corcuff distingue tres dimensiones del individuo: identidad-mismidad, identidad-ipseidad y los “momentos de subjetivación” (1999:110). En los dos primeros conceptos se reconocen las nociones de Ricoeur, que Corcuff considera que se refieren a campos de interés asentados en ciencias sociales. Hemos señalado ya más arriba que la identidad-mismidad remitiría a la constitución de los agentes sociales, de su carácter, esto es, sus disposiciones; la noción de identidad-ipseidad, por su parte, remitiría a la posición reflexiva del sujeto respecto de lo que es objetivamente. En lo que Corcuff denomina “momentos de subjetivación” se reconocen aquellas dimensiones de la subjetividad caracterizadas más por sus afectaciones que por las acciones y reflexiones de un sujeto. Apelando al carácter fugaz y transitorio de las experiencias subjetivas, el autor indica la importancia de las formas, que pienso que son habituales en los relatos de vida, que expresan “particularidades irrecuperables” (para cualquier proyecto de identidad, *idem* o *ipse*). A pesar de estar desplazadas respecto de las lógicas sociales en que se pone en juego la identidad y la presencia de los individuos, no son modos de subjetivación asociales, porque se dan en el interior de contextos sociales y se construyen de acuerdo a lenguajes sociales. Sucede que no es un dominio del que se haya ocupado tradicionalmente la ciencia social más que de manera marginal; un dominio que, por otro lado, es de difícil acceso e intelección. En el trabajo de Boltanski sobre el amor (2000), las situaciones de despreocupación de todo cálculo vienen a ser un marco privilegiado de manifestación de estas subjetivaciones momentáneas. Corcuff recuerda, además, el análisis de Kaufmann (1997) sobre las asociaciones subjetivas durante la realización de tareas domésticas. Con mucha frecuencia, estas formas dan cuenta de la sociabilidad lúdica de la que habla Simmel (2002), o se detectan en los microprocesos cotidianos de ensimismamiento y rememoración (De Certeau, Giard, Mayo, 1994)⁶. En los discursos autobiográficos, estas subjetivaciones momentáneas suplantán a menudo a las urgencias identitarias del sujeto, y a los retos y asuntos en juego de los espacios de puntos de vista en los que se ubica. Si el estudio de la memoria narrativa se asocia a un interés por la construcción identitaria de un yo, la atención al surgimiento en el discurso sobre sí de estas formas no narrativas permite imaginar al sujeto de un modo diferente.

Corcuff asume la multiplicidad y la heterogenidad como características esenciales de un “sujeto” que habría que entender como entramado de “yoes múltiples” o, mejor aún, como una especie de plano de experiencias subjetivas, variables y dis-

6 Desde luego, las dificultades de una especie de sociología de los flujos internos de conciencia son obvias; pero también es evidente el interés que para una sociología que enfoca las experiencias subjetivas tienen experimentos literarios como los de Marcel Proust o Virginia Woolf, a los que apelan algunos de los autores reseñados. Sobre este interés, además, puede consultarse, por ejemplo, Bidou-Zachariassen (1997), Dubois (1997) o Bourdieu (1998).

continuas, no necesariamente integradas en síntesis coherentes, ni reductibles a posiciones en campos competitivos (Corcuff, 1998).

Si hay un tipo de discurso sobre sí que parece responder a una inquisición temporal y cuya lógica es narrativa, otros parecen obedecer a una función descriptiva (y se demoran restableciendo escenas de manera detallada), o a una función expresiva (entregándose entonces a memoraciones sentimentales). Es cierto, desde luego, que las preguntas y réplicas del investigador orientan en uno u otro sentido, y tienden a producir con más probabilidad uno u otro discurso; ya se trate del empleo de fórmulas como “cuándo, qué pasó después...”, o como “qué había, cómo era...”. Hay, por lo demás, situaciones en la conversación, el repaso por ejemplo de fotografías junto al entrevistado, que despiertan fácilmente una memoria descriptiva de lugares y personas, y/o una evocación emocional al respecto. En cualquier caso, en todo relato de lo sucedido surgen huellas resaltadas con un énfasis especial por el sujeto de enunciación, como si se desgajaran de la intriga y se ubicaran en otro lugar, indicando vínculos subjetivos con los pasados no narrativizables, o cuya fuerza no parece residir en su contribución a una línea argumental. Pueden ser detalles aparentemente anodinos, pero que se presentan, en realidad, dotados de una gran fuerza de significación en tanto que operan retóricamente como síntesis emocionales. Aportan una gran vivacidad al recuerdo, por el tono idiográfico que imponen como por aquel contraste de irrelevancia y significación que el discurso mismo que recuerda suele subrayar con frecuencia. En efecto, actúa aquí una especie de “metamemoria” -como la denomina Candau (2001:21)⁷-: obtenemos un discurso que, al tiempo que recuerda, refuerza este carácter de recuerdo de lo dicho y del decir, como si encontrara justo en él la singularidad del recuerdo en cuestión (señalando, por ejemplo, la sorpresa del sujeto ante el hecho de que sea el dato aparentemente irrelevante el que permanece en la memoria)⁸.

Incluso aunque se presenten dentro de relatos y de informes cronológicos, en estos desarrollos prima una función descriptiva-expresiva, por lo que suelen adoptar formas poéticas. Adhiriéndose al hilo cronológico de fondo, y en ocasiones perdiendo esta referencia, encontramos relatos encajados en relatos, breves evocaciones sentimentales, reflexiones momentáneas como destellos, explicaciones *après coup* de los acontecimientos, diagnósticos médicos, afirmaciones de recuerdos singulares, retratos y presentaciones de sí, confesiones... En realidad, este conjunto heteróclito de decires parece romper desde el interior las lógicas de la historiografía o de la

7 Esta cita y el valor que reconozco a ésta como a otras obras de Candau sobre la memoria, no quiere decir que comparta ni la relación general que establece entre memoria e identidad, ni las asunciones teóricas de base sobre la cognición que recoge de Sperber.

8 Sobre estos temas, y desde una perspectiva psicoanalítica, me parece útil la aportación de Pontalis (1997).

autobiografía en la que parecería inserto, para imponer modos de afección del sujeto o modos de subjetivación “irrecuperables”. De una manera muy evidente, lo que Lisa cuenta sobre su infancia en España y, sobre todo, en la URSS, y sobre la evacuación durante la II Guerra Mundial, está salpicado de recuerdos de impresiones y sensaciones (hambre, frío, sabores, colores, etc.), y de apelaciones a vínculos de permanencia subjetiva a través de objetos, nombres, canciones, etc. recordados. Las fechas, por ejemplo, en este tipo de desarrollos discursivos, adquieren unas cualidades que están más allá de su valor como referencias temporales. Contribuyen a resaltar un vínculo y una articulación puramente subjetiva (como la coincidencia entre la fecha de la muerte del padre y de la llegada, un año después, a Leningrado). En realidad, el tratamiento de fechas, como la colocación de la placa conmemorativa en el lugar que ocupó la Casa de Niños, nos enfrenta al sentido más radical en el que entendemos que la interpretación no ha de buscar prioritariamente una restitución del pasado (histórico o biográfico); lo que pretende describir son las dimensiones temporalizadas y temporalizantes de la experiencia subjetiva. Los discursos connotan posiciones subjetivas que no se sintetizan en imágenes de un yo, sino que se expresan en modos temporales: dejar de ser, llegar a ser, lo que no pudo ser, lo que ha llegado a ser, lo que hubiera podido ser, etc. Las relaciones con los pasados se entienden, entonces, como los modos en que es afectado por ellos el sujeto: una subjetividad atravesada por la temporalidad. En el recuerdo, la pertenencia o el vínculo con ámbitos, espacios, personas y acontecimientos, está constitutivamente situado en el tiempo, pero no tanto cronológicamente sino emocionalmente, en formas como la nostalgia o el desapego. Por lo demás, el discurso insiste una y otra vez en su carácter de recuerdo, poniendo en evidencia y dando valor a un sujeto implicado a través de este recuerdo, más que la objetividad de la referencia. En este sentido, se diría que el valor subjetivo, e incluso identitario, se deposita no ya en los relatos sino en las imágenes (barcos blancos como gaviotas, playas de arena como azúcar, la tinta congelada en los tinteros, etc.) con las que se concretan y en las que se condensan aquellas impresiones y sensaciones. Un valor que, por otra parte, puede refugiarse no sólo en lo más irrelevante en apariencia, sino incluso en lo que bien podría entenderse que más despersonaliza al individuo, como es, por ejemplo, el número que lo identificó en una institución.

“Entonces empieza la guerra y a mi padre lo mataron en el Frente (...) tratando de romper el cerco de Oviedo, al principio, el cuatro de octubre del treinta y seis murió mi padre. Entonces los amigos de mi padre se ve que pensaron que éramos muchos hermanos, y nos llevaron al orfanato, a Gijón, a mi hermano y a mí, o sea, al hermanastro mayor (...) Y no sé por qué, pero Seve no se adaptó, la verdad que echaba mucho de menos a su madre y tal. Tenía cinco añitos, pero sobre todo no se adaptó porque yo recuerdo que cuando íbamos, todavía no era tal orfanato, yo tenía el número catorce recuerdo, según íbamos llegando nos daban un número, y allí vivían muchas familias evacuadas de Oviedo... Entonces había, como era un con-

vento, arriba había la sala de juegos, y cuando subíamos nosotros, yo con mi hermano, fíjate, nunca habíamos visto un juguete ni nada, pero intentabas recoger un juguete y te salía por ahí un papá diciendo: “no, no, no, éste es mío...” Bueno, total, que nunca podíamos conseguir nada. Y nada, mi hermano empezó a ponerse triste triste y, bueno, si no se lo llevan para casa se muere, y por eso se quedó, no fue conmigo. Yo, sin embargo, estaba tan feliz, tan feliz en Gijón... Yo tenía un primo que era profesor (...), me daba dinero, yo compraba regaliz, que era lo único que se podía comprar entonces, e iba al cine, las películas de Carlos Gardel, de Greta Garbo, yo las veía pero hasta no sé cuántas veces... Y nada, y la playa... Y lo único que me reprocho hoy día es que yo no sabía que había escuela, como yo nunca había ido a la escuela, nadie me dijo que había escuela... (...) En esto empieza a correrse, bueno, el Norte estaba a punto de caer en manos de los nacionales, y se plantea que bueno, que el que quiera que podemos evacuar a Rusia, pero tenían que avalar, que venir los padres, en mi caso vinieron mis hermanas a firmar, dándome permiso para salir... (...) Entonces salimos en un barco francés, en un barco de carga, me acuerdo que fue el veintitrés de septiembre, por la noche, a las ocho de la noche más o menos embarcamos... Aquello fue horrible, porque yo me mareaba. Íbamos en aquella bodega, yo recuerdo que mis hermanas me dieron limones y leche condensada, una lata, pero qué... no podía ni levantar cabeza, vomitábamos unos encima de otros, que aquello era tremendo. Y no recuerdo qué navegamos, pero fueron pocos días y llegamos a El Havre (...) Cuando llegamos a Francia, yo por primera vez me levanté porque ya estaba el barco así parado, ya no me mareaba tanto, y recuerdo que en Francia nos dieron unos bollos de pan blanco con... no sé si era con mantequilla o algo, era una cosa increíble ¡y tan rica! Y luego había un barco ruso esperando, que era grande, tan bonito, parecía una gaviota allí, y empezamos a pasar al barco, pero yo, como me mareaba tanto y tal, total que otra vez me quedé sin camarote porque los más vivos siempre... Y entonces, pues luego el barco llegó a Londres, y en Londres había un tercer barco esperando, otro barco ruso, también blanco, muy bonito, y entonces a los que nos habíamos quedado sin sitio nos pasaron al tercero, y en ese barco fue en el que llegamos a Leningrado, que llegamos el cuatro de octubre, precisamente hacía un año que había muerto mi padre. Y del recorrido yo recuerdo que fue horrible, para mí fue horrible, me acuerdo que un amigo, que iba con sus hermanas (...) nos llevaba hasta el servicio, porque yo no podía ni moverme, yo creo que tendría una deshidratación tremenda de tanto vomitar y vomitar, casi sin comer, nadie se ocupaba de nosotros... Yo lo único que cuando estábamos llegando a Leningrado me acuerdo muy bien que no sé quién nos había dicho que en Rusia nadie usaba el pelo largo, que había que cortarse el pelo al rape, entonces íbamos al barbero, una amiga y yo (...) y le decíamos que nos cortara el pelo, y él nos miraba y nos decía que no teníamos nada (...) y digo: “no, no, no...” Nosotras queríamos ser como las rusas, y creíamos que todo el mundo iba con el pelo corto (...) Se ve que tanto le hartamos que un día ¡bah! Nos pasó la máquina

y tan fresco... Bueno, y llegamos allí y yo creo que eso jugó en mi vida, porque resulta que al contar, se ve que contaban niñas para acá niños para allá, y a mí me metieron con los niños. Además, me separaron de todos mis amigos (...) todos quedaron en Leningrado y yo caí en otro grupo, y cuando además... lo más grande fue que cuando el barco, bueno, aquel recibimiento y todo eso, ya lo habéis visto en el cine y en todas partes, fue grandioso ¿no?, y música y pioneros, y flores por todas partes, y nos ponían en unos hoteles fantásticos, los mejores hoteles que tenían... Pero antes tuvimos que pasar, porque allí en Rusia hay siempre, por lo menos durante la guerra, hay un sistema de baños, que llegas, te quitas la ropa, la desinfectan, y después de bañarte al salir (...) Bueno, el caso es que me llevaron al baño y nada, me ponen, había allí unas señoras bañándonos y nada, yo que digo, que miro y que todos los que estaban eran chavales, y yo digo: "que no", y yo tapándome mis partes, diciendo que yo no entraba, que yo no era chico, pero como era tan pequeña, tenía doce años (...) Bueno, total que yo me eché a llorar y entonces se dieron cuenta y me bañaron aparte, y me pusieron la ropa horrible, la ropa que nos ponían allí... era octubre, nos ponían parecían unos pantalones largos hasta aquí. Bueno, nos vestían de marineros, todo eso, pero la ropa interior era horrible. Y nada, de allí nos llevaron, y yo caí en un grupo sólo de chicos y, claro, entonces yo tenía que dormir en el hotel, dormía en la habitación con educadora, porque cuando se dieron cuenta, ya te digo, fue la faena que yo misma me hice por cortarme el pelo, se ve que nos escogían así por la cabeza (...) De allí ya los que estábamos destinados al colegio número dos, al de Krasnovido, que está a cien kilómetros de Moscú (...) Y entonces ya nos llevaron primero en tren, donde quiera que pasáramos por todas las estaciones la gente nos saludaba, era una simpatía, era una cosa hacia España fantástica. Y luego ya, desde Moscú a Krasnovido... nos llevaban en coches. Entonces íbamos en un coche, me acuerdo, y se ve que nos metieron como sardinas allí, y la puerta no se cerraba bien, no me maté... porque varias veces se abrió la puerta y me tuvieron que coger, pero sí recuerdo que cuando llegamos allí, en lo que luego fue el colegio, estaban puestas unas mesas enormes para todos, que fíjate que éramos más de trescientos los que llegamos, y todos los niños allí de comida, regalos... Y lo que más me llamó la atención, que yo ahora no puedo precisar, seguramente nos hicieron, qué sé yo, primero nos dieron el número de la ropa, o sea, la ropa siempre, todos los años que estuvimos allí la teníamos marcada, cada uno sus prendas, yo tenía el doscientos cuarenta y dos, siempre me gustó mucho mi número, doscientos cuarenta y dos... Y entonces, se ve que nos catalogaban más o menos, como ya había empezado el año escolar (...) nos pusieron por edades. Pero, claro, yo escasamente sabía hacer nada, porque nunca había ido a la escuela, y ya un poco me había enseñado mi padre (...) Yo tenía mucha picardía. Entonces nos hicieron una prueba, y yo me senté al lado de (...) una chica que había estudiado en España, se lo copié todo (...) En vez de ponerme en la primera clase, pues me pusieron en la tercera o cuarta, y a mí me gustó tanto, me

*gustaba, es que yo tenía una memoria estupenda (...) Había que estudiar por encima de todo, y aquello estaba tan bien planificado, desde el primero de septiembre, con las vacaciones de año nuevo, que era cuando venían a vernos los artistas, porque teníamos uno de los mejores teatros de Moscú, que eran nuestros padrinos. Entonces venían todos los inviernos, en vacaciones, traían conciertos, obras de teatro ya especiales para nosotros, y celebrábamos muy bien, bueno, navidad no, navidad no se celebraba, el año nuevo, con el árbol enorme, con tantos floretes, era una vida muy... Y la comida fantástica, teníamos una granja especial para nosotros, o sea, los productos lácteos, la mantequilla, las natillas, todo eso hecho **ex tempore**, de hoy para mañana (...). La Casa de Niños número dos, de Krasnovido, que además estaba situado en un sitio muy bueno, porque estábamos rodeados de bosque con un río muy limpio, con una arena que parecía de azúcar... Ahora ya eso casi no existe, porque han construido toda una presa enorme (...), y ha inundado casi todo el territorio que ocupaba nuestro colegio, nuestra Casa de Niños, sólo queda el pabellón principal, y nosotros los últimos años estuvimos allí, yo tengo algunos fotos incluso, y pusimos una placa en el edificio, y pone que los años mil novecientos treinta y siete al cuarenta y uno aquí se encontraba la Casa de Niños de la España republicana número dos..."*

"Las clases siguieron en Stalingrado, por ejemplo yo recuerdo muy bien que hacía tanto frío que la tinta en los tinteros se congelaba, y las profesoras, esta Carmen Robles, me acuerdo como si fuera hoy, todas metidas en la cama, en la misma habitación, porque como no había sitio teníamos las clases en la misma habitación que dormíamos. Pero puedes estar segura, la puntualidad, la campanita para cuando empieza la clase, cuando termina, no fallaba, eso era con la misma (...) Y muchas veces estudiábamos, el profesor dando la clase y nosotros debajo de la manta, o sea, en la cama, porque hacía un frío... Y tuvimos problemas, durante la guerra fue horroroso, porque yo recuerdo en una ocasión, o sea, cuando íbamos a Stalingrado, a las mayores nos mandaron a un koljós a recoger tomates, claro, la población se había ido y estaban todos los campos, pues era agosto, había que recoger la cosecha. Recuerdo, no sé si fueron los tomates o el miedo o fue nervios porque (...) los aviones continuamente pasaban por encima, iban a bombardear Stalingrado, y nosotros estábamos tan cerca que nos sobrevolaban continuamente, o sea, pasábamos mucho miedo, nunca nos cayó nada ¿no?, pero cuando volvimos de allí yo tenía unas diarreas (...) Y el caso es que yo recuerdo que pasé un invierno fatal, o sea, eso seguramente fue en verano, el otoño y el invierno, y yo eso lo recuerdo muy bien, porque me ingresaban en enfermería, mejoraba un poco y me echaban (...) Yo sólo recuerdo, fíjate cómo estaría que en invierno, por ejemplo, teníamos como vivíamos en una escuela era una cosa adaptada, teníamos los servicios en la calle, y había que caminar a esos servicios, yo qué sé, por lo menos unos cien metros o más, el caso es que yo (...) Y a los diez minutos otra vez a levantarte,

y como no te daba tiempo ni a vestirte te ponías las botas así, sin calcetines ni nada, y con ese frío salías otra vez. Y en esto pasó el invierno, vino el verano, que teníamos que bajar, era cuando estaba la cosa tan mal, había que salir corriendo de Stalingrado, y yo decía: bueno, cómo me las arreglo ahora en el tren (...) Pero yo decía, porque yo luego como médico he analizado mucho este problema, eso era para que os deis cuenta de lo que manda nuestro cerebro, yo decía: pero bueno, cómo me las voy a arreglar yo ahora si nos meten en un tren, y las evacuaciones son así, ibas en un tren de carga y allí estaban chicos y chicas, y había que ¿comprendes? adaptarse, y a veces estaba el tren caminando dos días seguidos y no paraba, y otras veces estábamos parados dos días seguidos pasando los otros trenes para el Frente (...) Yo me volvía loca pensando: ¿qué voy a hacer yo ahora?, ¿cómo me las voy a arreglar?. Es que se ve que la presión era tal..., llegó el día, cogí el tren, se cortó y a los cinco días empezó a funcionar el intestino... hasta hoy día. Y luego yo siempre me he preguntado... el cuadro era de disentería, yo me doy cuenta que era de disentería pura, pero no puede ser, porque si era disentería tienes, aunque te cures, vamos a suponer, por un impulso nervioso, por un impulso de la corteza, que es muy raro pero puede suceder, porque de ahí vienen los milagros, que muchas veces lo atribuyen a otras cosas. Pero la cuestión es que yo luego, como he trabajado con niños toda la vida me han estado haciendo análisis, y nunca en la vida (...) La persona que ha tenido disentería luego casi siempre sigue eliminando bacilos... nunca en la vida me han encontrado nada (...) Y luego les voy a contar otra experiencia, eso fue en Birsik, llegamos y a las mayores nos mandaron a un koljós, a recoger setas, estaba a unos treinta kilómetros del colegio, pero había que atravesar el río, que ya te digo que es navegable, muy ancho, mucho más grande que el Volga, y entonces me acuerdo que éramos como unas veinticinco chicas, las mayores y estábamos allí, nos pusieron... de colchones nada, paja y eso, y nos cambiaban la paja con mucha frecuencia, y con nosotros sólo fue un cocinero, Dimitrov, que era un búlgaro (...) era el que cocinaba y entonces, por la mañana, nos daban un carro con caballo y ponían allí no sé cuántas tinajas y había que llenarlas, pero las llenábamos enseguida, había tantas setas, y nos enseñaron cuáles eran las comestibles y tal, porque en aquel momento la seta era una gran ayuda para la alimentación, tiene mucha proteína (...) Bueno, el caso es que lo pasábamos muy bien, estábamos encantadas, te pasabas todo el día en el bosque, nos daban allí para merendar y luego volvíamos, teníamos la cena, en fin, todo bien... Pero resulta que cayó el invierno con más rapidez que de costumbre, entonces nos habían mandado, por ejemplo, para octubre pero teníamos que volver al mes, pero en esto empezó a nevar, empezaron los fríos, en Bashkiria hace más frío (...), pero el caso es que para pasar ya teníamos que esperar que se congelara el río, porque ya no podíamos pasar en barca, entonces había que esperar que se congelara para pasar en trineo, por encima del hielo, pero que tampoco hacía suficiente frío para que... Total, que nos metimos allí mucho más tiempo de lo que se había planificado, el mes no sé si

se convirtió en dos, el caso es que estábamos allí, se nos acabó el jabón, ya no sabíamos qué hacer, nos lavábamos la cabeza con ceniza... Mira, nos llenamos de piojos de tal manera que la paja andaba sola, no te puedes imaginar, pero sola, así... [risas] Y nada, nos pasábamos las tardes, una la cabeza encima de la otra... eso era nuestra ocupación... Porque también pasamos eso, cuando aquí se habla de guerras... Vosotros ni os imagináis lo que es la guerra. La guerra no es ni los bombardeos, la guerra es la miseria que trae, las necesidades cuando no hay de nada...”

Si a veces los diferentes registros discursivos de la memoria se encadenan respetando la sucesión cronológica, ello depende, en buena medida, de las condiciones de interlocución y del momento de la entrevista. Según se distiende la relación, se olvida el deber implícito de la crónica (que esporádicamente resurgirá, no obstante, como motivación de la presencia de los investigadores y justificación de la entrevista; aunque sólo sea porque se trata de “retomar el hilo”), y se define una interacción lúdica y de celebración en la que dominan las funciones de sociabilidad; las líneas cronológicas se pierden, y ocurre como si los saltos de unas escenas a otras, de unos a otros momentos, de éstos a aquellos detalles, obedecieran a una lógica puramente asociativa. Se articula así, en la conversación, una especie de memoria compartida de la sensibilidad, cuyo funcionamiento podríamos aproximar incluso, en ocasiones, al del sueño o al de la asociación libre surrealista (Augé, 1998). Esta memoria, por lo demás, celebra una permanencia y anula el tiempo de una manera en cierto modo opuesta a la que caracteriza al decir testimonial. Los testimonios parecen borrar el carácter opaco y mediador del recuerdo, y se presentan como una recuperación de la autenticidad de lo que se dice, una recuperación de la transparencia y la inmediatez entre el decir y los acontecimientos (“fue así como pasó”, “yo lo he visto”)⁹. Aquí, por el contrario, lo que se afirma como permanente no es una realidad inalterada por recuerdo alguno, sino la impresión, la sensación o el sentimiento pasado, la afección sobre el sujeto, inmediata precisamente en el recuerdo mismo (“aún recuerdo”, “recuerdo como si fuera ayer”). El caso de Lisa es, en este sentido, un ejemplo muy claro, tanto por la aplicación recurrente de la metamemoria, como por las disposiciones relativistas que activa con frecuencia, de discurso no testimonial (e incluso antitestimonial).

3. La subjetividad en los discursos sobre sí de Lisa

Intentaré dar cuenta del tipo de trabajo que ensayo con los discursos de Lisa, a partir de esta noción de subjetividad, intentando con ello al mismo tiempo contribuir a la construcción de ésta como objeto. En lugar de una articulación cronológica o biográfica, me he propuesto empezar la interpretación de esos discursos con una

⁹ Sobre los supuestos y las condiciones sociales del testimonio véase Dulong (1998).

división temática, que permita diferenciar los asuntos intensamente desarrollados en dicha elaboración. Son temas que ponen en juego, de diversas maneras, la subjetividad de Lisa. Así, he acotado en una primera lectura los siguientes asuntos: las relaciones entre los “niños españoles”, las relaciones con la familia de origen, la conciencia de clase o de posición social, la formación educativa, el campo laboral, el “trabajo social” o la actividad e implicación políticas, la experiencia de la II Guerra Mundial, la religión y el antisemitismo. Desde luego, esta clasificación no agota los asuntos que la prolongación de la interpretación y las relecturas pueden extraer. Y, por otra parte, que enuncie así los temas en absoluto significa que todos ellos sean igualmente intensos, o que lo sean del mismo modo. Un asunto como la implicación política, o las relaciones entre los “niños españoles”, muestra su importancia ya por su reiteración; otros, como la religión, aunque cuantitativamente no parezcan tan relevantes en las palabras de Lisa, resultan sin embargo significativos para el estudio de la subjetividad. Ahora, no obstante, no me interesa tanto exponer y discutir esta división temática, como mostrar la manera en que estoy planteándome con ese material la cuestión de la subjetividad.

Los discursos de Lisa me ocupan en tanto que dicen del modo como el sujeto es afectado por, y se afirma como sujeto respecto de, los ámbitos de presencia y actividad sobre los que habla. He atendido, en todos esos ámbitos, a tres tipos de relaciones que constituyen al sujeto y la subjetividad: relaciones con los otros, relaciones con otras instancias sociales (instituciones, imágenes, grupos...), y las relaciones consigo misma como otro. He tratado de caracterizar estas relaciones, y su integración en una problemática o en problemáticas específicas; recogiendo la presencia de formas de disputa, de formas de pertenencia y de formas subjetivas no identitarias. El estudio de la subjetividad es aquí el de la experiencia subjetiva de lo social: de las fidelidades, competencias, conflictos, etc. que constituyen a Lisa en sujeto social (sujeto reflexivo y sujeto pasional). En su conjunto, el trabajo realizado y por realizar vendría a ser (como toda investigación sobre la subjetividad) una aportación a un análisis del vínculo social.

Por otra parte, lo que me he propuesto no es exactamente un análisis de discurso, sino ensayar una aproximación descriptiva. Es mi objetivo describir la “fenomenología” del discurso, llevando a cabo una especie de relectura, de interpretación que dispone los elementos y que presenta a Lisa de una determinada manera, ayudándose para ello de algunas herramientas conceptuales¹⁰. Al discurso se lo supone organizado de acuerdo a modelos que es posible detectar y restituir para su intelección. Revelando, en primer lugar, los guiones y esquemas que dan sus perfiles a las situaciones, a los problemas y a los acontecimientos relatados. Desde luego, se da por sentado que no hay una pauta, guión o esquema básico, sino que se espera encontrar, y evidentemente se busca, la diversidad. En este sentido, se intenta establecer relaciones entre guiones o esquemas y situaciones (referidas en los enunciados, o de la enunciación). Además, he atendido a las nociones, explícitas o

implícitas, que el discurso maneja, y que constituyen una especie de vocabulario social y emocional: los términos que definen y que parecen estar en juego en las relaciones, en los vínculos y en las situaciones sociales. Por último, la interpretación trata de caracterizar las posiciones del sujeto respecto a todo lo referido, a través de una restitución de las disposiciones apreciables en los discursos. En las valoraciones, descripciones, afirmaciones, confirmaciones, negaciones, revisiones, justificaciones, etc. que el habla realiza, es posible percibir modos de subjetivación, referidos tanto a los contenidos (al sujeto de los enunciados) como al sujeto de la enunciación.

En lo que sigue quiero ilustrar, tan sólo, esta lectura, presentando la articulación de tres de aquellos asuntos en torno a los que se constituye subjetivamente Lisa: las relaciones con y entre los “niños españoles”, las relaciones con la familia de origen, y la conciencia de clase o de posición social.

3.1. *Los de allí*. El *nosotros* de la infancia

La pertenencia a un colectivo como el de los “niños españoles”, el tipo de vínculos que fundamentan esta pertenencia, las diferencias de trayectorias y de acontecimientos vividos, las imágenes públicas de su historia..., constituyen una temática que, en las entrevistas con “niños españoles”, parece imponerse casi por sí misma. Desde luego no de una manera homogénea, sino más bien como una problemática que forma parte de un espacio de puntos de vista. Cada sujeto despliega una elaboración singular, que se puede describir de acuerdo a tensiones que delimitan una dinámica de posiciones discursivas. Entre todas las relaciones sociales que constituyen en la actualidad los mundos de vida de Lisa, las que mantiene con otros “niños españoles” (*los de allí*) ocupan un lugar privilegiado. El reconocimiento explícito de que son prácticamente las únicas relaciones importantes en su vida cotidiana, va unido, en ocasiones (cuando trata de fundamentarlo), a la evocación de un colectivo unitario que englobaría al conjunto de los “niños”, hayan coincidido o no sus trayectorias individuales con la de ella. Esta imagen global es especialmente intensa y se da en términos fuertemente sentimentales, cuando Lisa centra sus recuerdos en la infancia en las Casas de Niños. Explícitamente aclara también, entonces, que es el momento de las vidas en el que más homogéneas habrían sido las experiencias de todos; la diversificación de trayectorias y, en cierto modo, una especie de ruptura de la unidad común, habrían sobrevenido más tarde, al salir de las Casas y seguir cada uno su vida. La imagen de los “niños españoles” como una especie de cuerpo común, que funde las experiencias que Lisa vivió en su Casa de Niños con las de todos los demás en el resto de Casas, forma parte de una retórica de la infancia, que es probablemente el aspecto que más asemeja todos los discursos de los “niños españoles”. La vida en las Casas hasta la II Guerra Mundial y la evacuación por la invasión alemana, se describe como un *paraíso*, un lapso marcado por la abundancia y la riqueza de los alimentos, los paisajes exóticos (bosques, playas de arena

como *el azúcar...*), los sucesos maravillosos (regalos continuos, visitas, mimos, nuevas experiencias...), etc. En Lisa, este recuerdo actúa, en primer lugar, como contraste con lo que habría sido su vida en España antes de partir. Esto es, las experiencias muy negativas en el marco de la familia: la muerte de su madre, su relación difícil con su madrastra, la muerte del padre, el trabajo cuidando de sus hermanos... En este contexto discursivo, la vida de Lisa en la Casa de Niños de Krasnovido aparece como una experiencia de libertad, como la experiencia de una felicidad *salvaje, sin padres ni madres* (no es en estos contextos del discurso cuando Lisa elabora la cuestión de la orfandad y el tema de la ausencia). Pero generaliza con frecuencia, y dibuja la imagen de una época en la que todo el colectivo habría vivido única y exclusivamente pendiente de sí mismo (son frecuentes las anécdotas con las que Lisa ejemplifica que *no necesitábamos a nadie*).

La imagen es importante porque es la que, en definitiva, explica en el relato la constitución del vínculo especial de todos los “niños españoles” como un *nosotros*. De manera más específica, el recurso a la infancia llena de contenido el vínculo, que es sobre todo un lazo de *hermandad*. Es, efectivamente, este lenguaje de la hermandad, y de una hermandad infantil, al que acude Lisa para caracterizar estas relaciones, en el pasado como en la actualidad. Ante todo, en las Casas se habrían reproducido entre los “niños” relaciones de “parentesco”, sobre todo de “hermano/a mayor-hermano/a menor” que habrían venido a sustituir, ya entonces, los lazos de parentesco ausentes. Como tal, este “parentesco ficticio” parece haber perdurado hasta hoy, y Lisa explica en esos términos, remontándose a historias vividas en comunión en el pasado infantil, la especial naturaleza del mismo.

El rasgo más habitual en el discurso de Lisa para hablar de las relaciones entre *los de allí*, es, por otra parte, la *inocencia*. En gran medida, el mundo de la infancia en las Casas de Niños se presenta no sólo bajo el signo de la libertad y el ensimismamiento sino, también, de la *inocencia*, que casi siempre se refiere a la inocencia sexual (generalmente porque parece tener presente imágenes negativas de la época sobre la educación y la convivencia mixtas). Al recordar los juegos y las relaciones cotidianas, los amores infantiles y las travesuras, se insiste en el carácter *sano e inocente* de las actividades y de las relaciones. Estos dos términos los utiliza a menudo para caracterizar el vínculo que han mantenido posteriormente; cuando recuerda cómo se tratan, cómo se hablan, las cosas que comparten... En este sentido, cuando Lisa comenta los casos en que el comportamiento entre ellos puede parecer extraño a quienes les rodean (empezando, en ocasiones, por los cónyuges que no forman parte de su historia vivida), porque es un trato demasiado íntimo y afectivo, insiste con reiteración en una infantilización de las relaciones. En estos casos se ve con claridad la conciencia de que el vínculo que los une es, en cierto modo, inexplicable a los otros; los separa y los distingue.

3.2. Los auténticos amigos

Los términos de la *hermandad* son, en general, equivalentes en Lisa a los de la *amistad*. Cuando habla de las relaciones que en la actualidad conforman su vida y que son realmente fundamentales en ésta, emplea indistintamente para caracterizarlas uno de los dos términos. El tipo de vínculo que se habría forjado entre los “niños españoles” tiene que ver no sólo con el hecho de haber convivido en la Casa de Niños, sino con el hecho de haber sido copartícipes de una historia o de acontecimientos históricos vividos en común (sobre todo, la experiencia común durante la II Guerra Mundial). Lo que ha forjado ese vínculo es la cantidad de experiencias en que unos han ayudado a los otros, y de este modo han creado relaciones de dependencia mutua. Sus auténticos *amigos* o *amigas*, que constituyen su mundo de referencia hoy, son quienes en diferentes momentos del pasado *se han quitado* algo para dárselo a ella, con quienes ha convivido en circunstancias difíciles; la sustancia de estas relaciones es la ayuda mutua ejercida en experiencias comunes.

Hablar más concretamente de las relaciones que mantiene Lisa en la actualidad, en su vida cotidiana, es empezar también a desdibujar la imagen del colectivo de “niños españoles” como una unidad, que tan afectivamente se rememora en los discursos sobre la infancia en la Casa de Niños. En este otro caso, el *nosotros* al que remite Lisa es más limitado, porque dentro del conjunto hace diferencias en función de diversos criterios. Los “niños españoles” no son, entonces, un colectivo homogéneo; hay personas de quienes Lisa se siente más *cercana*, a quienes siente realmente como *los míos*, y otras que están más alejadas. Retomando la expresión que Lisa utiliza para hablar de sus relaciones personales, están aquellos a quienes *busca*, y aquellos que le son indiferentes, *antipáticos*, con los que *no congenia*, o de los que por diferentes circunstancias se ha distanciado, no ya espacial sino afectivamente. El mundo de relaciones sociales de Lisa, tal y como lo presenta en sus discursos, se despliega a veces como una red de *simpatías* y *antipatías* en la que se mueve, acercándose o manteniéndose al margen, o rehuyendo a unos u otros.

Los criterios activados por Lisa para fundamentar sus simpatías no tienen que ver sólo con el hecho de haber compartido experiencias o haberse ayudado (en la misma Casa de Niños, o posteriormente). Es éste, desde luego, un aspecto básico, y el que se desarrolla discursivamente cuando la conversación gira en torno a la historia, o cuando deriva hacia la *amistad* y la *hermandad* como temas genéricos. Pero hablando de los contextos habituales de actividad, o haciendo juicios sobre las personas en distintos contextos, surgen otros principios de valoración. Lisa *busca*, o *congenia con*, un determinado tipo de personas, a las que caracteriza, en primer lugar, por su *inteligencia* o por su *formación*. Los términos *inteligente* o *culto* son los elogios que utiliza con más frecuencia para valorar a alguien, y son los primeros términos con los que se refiere a algunas de las personas que siente más cercanas. De otro lado, recurre con frecuencia también a una calificación moral, centrada en otro término omnipresente en sus juicios de persona: la *sencillez*. La persona *sencilla* es aquella

que tiene un carácter simple, en el sentido de sincero o espontáneo; que no es hipócrita o que actúa sin doblez. Suele ir unido, en sus caracterizaciones, a la *honestidad*, especialmente cuando está hablando de comportamientos en el ámbito profesional o político, aunque también lo utiliza como caracterización general de personas. Casi siempre se asocia al valor del *trabajo* (es característica de persona *trabajadora*, que supone aquí una categoría moral más que estrictamente profesional –como cuando habla, en otros contextos, de alguien como un *buen profesional*–).

En realidad, el recurso que Lisa hace a la *inteligencia* o la *cultura*, y a la *sencillez*, como categorías de juicio de las personas, y de fundamentación o justificación de sus *amistades*, son complementarias, y el modo en que se entrelazan, de manera más o menos ambivalente, se puede visualizar muy bien, como señalaremos más tarde, al abordar el tema de la conciencia de clase o de posición social. En cualquier caso, cuando Lisa habla de sus *amistades* se mantiene constantemente en una dialéctica y en equilibrios entre uno y otro criterio de valoración: la *sencillez* es justamente la categoría utilizada para valorar a personas que mantiene cerca, a pesar de que, desde el punto de vista del otro criterio, no siente demasiado próximas. En este sentido, el juicio que emplea con frecuencia para desvalorizar a alguien como *bruto*, *sin cultura* o *simple*, es recuperado así en sus dimensiones positivas.

La red de relaciones de *amistad* en la que se mueve Lisa se divide en tres contextos relacionales. Están, en primer lugar, sus amigas Mili y Nieves, que viven en Madrid y con quienes se ve habitualmente. Las dos están vinculadas a su experiencia en la URSS. Con Mili convivió durante seis años, mientras estudiaba la carrera, y aunque no han sido *amigas*, se volvieron a ver y empezaron a considerarse *amigas* aquí (Mili regresó en 1991, dos años después que Lisa). Cuando Lisa habla de Mili, aclara que, en principio, no *congenian* (lo que explicaría que, a pesar de haber vivido juntas durante la carrera no fueran realmente *amigas*); la considera una persona *sentimental* y, en este sentido, muy diferente de lo que ella misma es (aunque, en otros contextos, sin embargo, se caracteriza a sí misma como tal). En diversos momentos, indica diferencias que tiene con ella en lo que se refiere a la visión de lo que han sido las experiencias en la URSS; la dibuja como una persona impulsiva a la hora de hacer juicios sobre lo que han vivido, sobre el sistema soviético, etc., demasiado apegada a una visión dramática y negativa que Lisa no comparte, y que considera poco elaborada intelectualmente (irónicamente dice que es de *las que les gusta hablar de los niños de la guerra*). Sólo el que se hayan vuelto a ver al cabo del tiempo, a través de otras personas, y, sobre todo, la relación común con Nieves, las ha aproximado. En este sentido, Nieves es el polo opuesto de Mili. Históricamente, Lisa conoce y ha compartido menos con ésta que con Mili; Nieves es de las que regresaron en 1956, con su marido; volvieron al poco tiempo de nuevo a la URSS, y regresaron definitivamente a España hace unos veinte años. Lisa considera que es la más *inteligente* de sus dos amigas, a la que siente más próxima (ideológica y personalmente), y en cierto modo la que sostiene la relación entre las tres.

Con Nieves y Mili, Lisa sale habitualmente por las tardes; pasean por El Retiro, asisten a actos culturales, a museos, comentan sus lecturas o hablan de los acontecimientos políticos, se ponen al día de lo que saben de *nuestra gente*; a veces, cuando alguna recibe un regalo de Rusia (caviar, pescado ahumado...) se reúnen en su casa para merendar y recordar... Como veremos después, esta descripción de lo que son sus actividades habituales con sus amigas es muy significativa, en cuanto que permite contrastar, y es utilizada por Lisa para contrastar, su estilo de vida (el suyo, pero también el de los “niños”), sus necesidades y expectativas, con el estilo de vida de la sociedad española; y para explicar también que apenas tenga relaciones sociales, y considere que no puede tenerlas, con sus vecinas.

Aparte de estas dos amigas, Lisa recibe con frecuencia en su casa la visita de “niños españoles” o de personas con quienes, a lo largo de su vida en la URSS y en Cuba, ha establecido estrechos contactos. Son *amigos* de Rusia, Cuba, Asturias o el País Vasco que, cuando vienen a Madrid, acostumbran a quedarse varios días en su casa. El valor de estas relaciones es central; en este grupo se encuentran las personas con quienes más vinculada se siente, en el sentido de que ahí están quienes han compartido con ella experiencias en la Casa, durante la evacuación en la II Guerra Mundial, o momentos difíciles de la vida. María, por ejemplo, es una visita que espera en pocas semanas. Viene desde Cuba, y es la que, en la Casa de Krasnovido, la cuidó como una *hermana mayor*, con la que convivió durante la evacuación (*me quitó muchos piojos...*), y la que le ofreció también su casa (vivió con ella y su familia durante casi un año) en 1957, cuando Lisa decide no regresar a España y en lugar de volver a su trabajo en Crimea decide quedarse en Moscú. Es un ejemplo particularmente claro del tipo de vínculo de *amistad-hermandad*, caracterizado por la ayuda mutua y la generosidad, que Lisa suele oponer a lo que han sido sus relaciones con su familia de origen. Es el recurso a anécdotas como aquéllas (*me quitó muchos piojos; me quitó mucha hambre; se quitó de muchas cosas para darme a mí...*), las que llevan a contrastar, de forma muy dramática, las relaciones de parentesco reales con el carácter de estas relaciones, experiencialmente constituidas, que llegan a considerarse más importante que las familiares. Las relaciones de Lisa con su familia de origen han sido, como veremos después, problemáticas y difíciles (como, por lo demás, parece haber ocurrido a muchos otros “niños españoles”); se caracterizan justamente por los rasgos opuestos. Y constantemente el discurso da vueltas a esta paradoja.

María no es la única visita de *los de allí* que Lisa espera; también está próxima la visita desde Rusia de Iván y su esposa, un antiguo novio soviético con el que ha seguido manteniendo estrecha amistad. Acaba de estar unos días en su casa Manuel, un “niño” que había venido de Rusia también en un viaje organizado por el Imserso. Y en su conversación con nosotros, continuamente hace referencia Lisa a anécdotas y puntos de vista que han surgido en sus conversaciones recientes con otros *amigos* que la han visitado. Cuando Lisa refiere estos encuentros insiste en que es ella

misma la que ofrece su casa; es ella la que busca reproducir y no perder los vínculos. En más de una ocasión, Lisa se presenta como una persona que a lo largo de su vida se ha adaptado fácilmente a todos los cambios (que en su vida han sido muchos): se adaptó a Rusia, se adaptó a Cuba, se adaptó a los diferentes trabajos, se adapta a España... Tiene, incluso, -como de muchos otros temas- una teoría médica al respecto, relativa a la naturaleza de su sistema nervioso. Se afirma como una persona que olvida con facilidad, que no siente nostalgia por lo pasado y que, de manera resolutiva, se sitúa en el presente. Ella misma señala, sin embargo, que hay una excepción a esta pauta de su carácter. Aquí en España es ahora *feliz*, pero *echa de menos* (lo *único* que echa de menos) de Rusia el *nivel* de las relaciones con las personas. En este sentido, considera que gran parte de su empeño consiste en restablecer en la medida de lo posible ese *nivel de relación*; le gusta que la gente con la que en diferentes momentos de su vida ha tenido vínculos especiales venga de visita, compartir de nuevo conversaciones y recuerdos, restituir un tipo de relación *humana* que siente que aquí no le es posible. Esta necesidad conecta, de todos modos, con una caracterización más general de sí misma que hace Lisa en algunos contextos, y que se contradice frontalmente con la imagen de autonomía y desapego que ofrece al hablar de su trayectoria, o cuando rememora su comportamiento en ámbitos como el profesional o el político. Cuando Lisa habla de las dimensiones afectivas de las relaciones con los otros, subraya como un rasgo determinante de su personalidad, constituido históricamente por el tipo de experiencias que ha vivido, la *necesidad de querer*; insiste en que necesita *más querer que ser querida*, una expresión que apunta en cualquier caso a la dependencia afectiva, y con la que interpreta las invitaciones que hace a sus amigos, el interés en reconciliarse con su familia, o su naturaleza *enamoradiza*... En todas estas menciones, está presente el reconocimiento de algo que, en la narración histórica, suele perder valor (incluso en el relato de la vivencia en la Casa de Niños desaparece totalmente): la ausencia de *mimos y cariños* de la infancia.

El ámbito de relaciones de *amistad* de Lisa está ocupado prácticamente por lazos con *los de allí*. Sólo hay dos excepciones, que son Dolores y Teresa, las únicas personas ajenas (al menos directamente) a la experiencia en la URSS y a quienes considera, en su mundo de relaciones sociales, *amigas*. Dolores vive en Oviedo, y es la mujer que durante mucho tiempo cuidó en el hospital de la hermana mayor de Lisa, paralítica. Es también Dolores la que, al regreso de Lisa a España en 1989, contacta con una amiga en Madrid, Teresa, para que se preocupe por su instalación y se interese por su situación económica. En los dos casos, son personas a quienes Lisa se considera ligada por una especie de deuda (*lo que les debo es...*), que en cierto modo las asemeja a *los de allí*; es significativo también que en los dos casos se trata de personas que han desempeñado funciones que deberían haber desempeñado los hermanos y hermanas de Lisa.

3.3. Crítica de los “niños españoles”

En algunos momentos, Lisa manifiesta un punto de vista escéptico o irónico, a veces sumamente crítico, respecto de la imagen, especialmente pública, de los “niños españoles”. A pesar de que mantiene la idea de un colectivo unido, sobre todo por las experiencias infantiles y por ciertas características (valores, formas de ser...) comunes, reacciona también con viveza ante determinadas interpretaciones de su historia que hacen algunos “niños”, y, sobre todo, ante la imagen de los “niños españoles” como “niños de la guerra”, víctimas de los acontecimientos histórico-políticos y/o víctimas del régimen soviético o de los intereses del PCE. Es una imagen en cierto modo potenciada en y por los medios de comunicación en el momento de las entrevistas, al hilo de las informaciones sobre muchos “niños” que están regresando, y que hacen declaraciones en los medios relatando *una versión* de la historia. Esta *versión* tiene que ver con la problemática de muchas de estas personas y con sus demandas (de nacionalidad, viviendas, reconocimiento de pensiones...) a las administraciones rusa, española o autonómicas. Pero es también, como hemos apuntado más arriba, la *versión* que se ofrece en algunos libros publicados por miembros del colectivo. Son, según Lisa, visiones sesgadas, injustas o unilaterales de la historia: bien porque, urgidos por los objetivos que se persiguen, cuentan un relato centrado en los aspectos más dramáticos o trágicos, olvidando los momentos felices y positivos; bien porque manifiestan una actitud de *deslealtad* hacia la Unión Soviética. En cualquier caso, Lisa insiste con frecuencia en que no hay una historia unitaria de los “niños españoles”, que hay una gran diversidad de experiencias y de puntos de vista.

Lo que a Lisa no le gusta de la presencia de muchos “niños españoles” en los medios de comunicación cuando plantean sus reivindicaciones, no es sólo la interpretación de la historia que ofrecen, sino la actitud de algunas de estas personas. Las ve como una ilustración de la disposición pasiva y de demanda (*siempre pidiendo...*), que en muchas ocasiones Lisa entiende que es un defecto generalizado *entre los nuestros*. Constituye casi una especie de manera de ser, producto de años de estancia en un régimen que, tanto por sus características específicas como por las del colectivo mismo, los habría acostumbrado a esperar todo de él. Entiende que se da con frecuencia entre los “niños españoles” una falta de iniciativas y una delegación de responsabilidades en los otros o en instancias superiores. Interpreta que, de alguna manera, muchos de *los nuestros* continúan siendo y comportándose como los “niños” que fueron y deberían haber dejado de ser hace mucho tiempo. Es un argumento que utiliza para descalificar en general muchas opiniones que surgen dentro del colectivo, y que giran en torno a la ausencia de control sobre las propias vidas que los “niños” habrían padecido a lo largo de sus trayectorias. Su amiga Mili mantiene habitualmente esta posición crítica, y Lisa resalta entre risas lo paradójico que es hablar este lenguaje con sesenta años. En su opinión, una vez salidos de la Casa de Niños, con estudios, la trayectoria ha dependido única y exclusivamente de

los individuos, y la falta de iniciativa es la única responsable de las circunstancias vitales sobrevenidas más tarde (aunque ella misma revele en distintos momentos que no es así).

Son éstos los contextos discursivos en los que con más nitidez y más explícitamente se distancia Lisa de la imagen de un colectivo homogéneo, y en los que llega a cuestionar la validez de una categoría que unifique todas las experiencias vividas. También es aquí donde Lisa echa mano, en su presentación de sí, de una retórica del distanciamiento y de la distinción, acumulando anécdotas en las que revela los lapsos en los que su vida en la URSS habría transcurrido al margen del colectivo de españoles (centrada en relaciones con rusos), y en cierto modo hecha a sí misma. Utiliza la mención de las actitudes que muchos “niños” tenían allí (en su relación con el régimen, con el Partido, con los dirigentes, en el ámbito profesional...), para resaltar una especie de ideal (muy fuerte e insistente en Lisa) de persona activa, resuelta y controladora de la propia vida.

Relaciones de amistad y relaciones familiares

En general, yo he tenido mucha suerte con las amigas, porque éstas son las amigas diríamos las más más más..., pero yo he tenido muchos amigos. En general, si de algo puedo presumir es de amigos, no tengo dinero ni nada, pero de amigos sí puedo presumir (...) ”

-El núcleo de amistades de la Casa se ha mantenido...

“Eso sigue, eso es lo más... Cómo decirte, yo creo que María, ahora mismo viene y tiene más confianza conmigo que con el hermano, o sea, entre nosotras es una amistad muy... Y yo, mira que no me sobra dinero y eso, pero yo les ayudo muchísimo, porque sé que lo están pasando muy mal (...) ”

-Tiene más afinidades con sus amigas que con sus propias hermanas....

“Sí, además eso ha sido un golpe para nosotros porque ¿qué pasa?, que mi hermana [su hermana mayor], lo primero que ella era, yo creo, una persona muy inteligente, porque era totalmente autodidacta, casi no fue al colegio, pero escribía, una ortografía, era una mujer muy inteligente, además tenía unas manos, tengo aquí una ropa de cama bordada por ella que es una maravilla, ella es completamente paralítica, estuvo trabajando así, con los dedos... Y claro, como mi hermana no tuvo familia, pues eso, siempre pensando en mí y tal, y yo también (...) Mi [otra] hermana, la segunda, es distinto. Yo la perdono, porque, y la quiero mucho, porque yo considero que... lo mismo que perdono a mi madrastra aunque me pegó tantas veces, y nunca me pegó con la correa ni con la mano, me pegaba con troncos, dejándome tumbada en el suelo sin conocimiento... Pero yo comprendo que mi hermana, ésta ahora, a veces me ha hecho cosas que era para... a mí me dicen mis amigas: pero cómo puedes volver a su casa, si prácticamente te ha echado de casa y tal y tal. Yo les digo: mira, es la única hermana que tengo... Y yo no me enfado con ella ¿sabes

por qué?, porque mi hermana ha sido una mimada, o sea, se ha educado... toda la vida, yo me recuerdo, yo me quedaba con los hermanos y ella con mi madrastra a trabajar la tierra, con trece catorce años, toda la vida, o sea, toda la vida al trabajo bruto bruto bruto... ¿de dónde va a tener, tú comprendes? Porque los sentimientos también se educan, se nace con muchas cosas pero muchas cosas se pueden inculcar y, sobre todo, a través del ejemplo y de cómo se comporta... Entonces estábamos allí y yo estaba tan sola tan sola, en el sentido de familiares, que siempre pensando en mis hermanos... Mis hermanos los pequeños son distintos, mis hermanastros, ¿por qué? (...) nació después de salir yo de casa, así que imagínate, porque somos hermanos de sangre pero, cómo decirte, no he convivido con él. Y los mayores sí, pero los pobres no se acuerdan, yo los quiero mucho, además yo creo que ellos también me quieren a mí, pero ellos no me necesitan tanto como yo les necesito a ellos, porque ellos tienen su familia, sus hijos, sus nietos, todos salieron magníficos... Han pasado miserias, y todos son magníficos como obreros, medio analfabetos pero cada uno en su profesión es un maestro... sin vicios ¿comprendes?. Entonces, yo me doy cuenta que, cómo decirte, si yo hubiera trabajado de médico, y hubieran podido presumir de que yo soy médico, seguramente la actitud sería otra. Pero cuando yo llegué [en 1989] (...), como no trabajé y eso, qué sé yo, me veían como la pariente pobre ¿me entiendes?, y a mí me dolió muchísimo, porque cuando yo llegué salimos de Rusia con doscientos dólares, nos daban doscientos dólares para salir (...) Ya te digo, todos son obreros (...) todos viven muy bien como obreros que son, les cuesta ganarlo pero todos viven... Oye, a nadie se les ocurrió decir: Lisa ¿tienes para un...? La única que se acordó fue Dolores, ésta, la que cuidó de mi hermana, la que está en Oviedo (...) No había llegado yo, ya había Dolores mandado a Teresa, que entonces yo no la conocía, pero como Teresa vivía aquí [en Madrid], al lado... Pues, oye mira, que va a venir Lisa, pasa por casa, a tu marido pregúntale, que a lo mejor viene sin dinero y necesita... Y a mis hermanos no se les ocurrió (...) Oye, yo no pienso que tenían que darme nada, pero ofrecerme para que luego yo pudiera devolverlo para empezar (...) Yo, desde luego, ahora yo me siento muy contenta, porque yo voy a Asturias, y no es que a mí me sobre el dinero pero me puedo permitir el lujo de... Yo nunca les he gastado ni esto, yo he venido de vacaciones y vivía en casa, y yo por supuesto me iba, que había estado un mes, decía: oye, mira, que me sobraron treinta mil pesetas, pero yo nunca quise deber nada. Lo poco que nos quedaba de herencia, la casa, una tierra muy buena, pues yo lo devolví a mi hermana, si yo no lo necesito... O sea ¿comprendes?, nosotros somos así, porque yo... Y sin embargo creo que mi hermana lo ha entendido, lo ha entendido porque hubo una vez (...). Bueno, total, que yo tendría motivos para romper con mi hermana, pero sin embargo, yo tengo una gran suerte, que no soy una rencorosa, y esas cosas no se olvidan pero yo se las he perdonado, y cuando pasó eso volví de allí, la llamé, estuvimos medio año así (...), luego llegaron Navidad, me llamaron, sobre todo se puso mi cuñado, me llamó, yo me emocioné tanto (...). O sea, nosotros

necesitamos mucho de la familia, porque no hemos tenido, y mis hermanos creo que se han dado cuenta, y sobre todo mi hermana se ha dado cuenta de que yo puedo vivir perfectamente sin ellos, me defiendo bien (...).

Pero quiero decir que todas las amistades que puedas hacer aquí nunca serán lo mismo que son las otras, esas que tienes desde la infancia, porque es que, mira, en el caso de María, Sole... María y Sole empezaron estudiando enfermería conmigo, en Birska, donde estábamos, y luego resulta que a Sole (...) a uno de sus hermanos (...) lo sacaban a una escuela de oficios y lo mandaban a otra ciudad, entonces ella dice: cómo voy a dejar a mi hermano... Porque era en plena guerra, y entonces sacaban de la Casa de Niños a chiquillos que no tendrían más de catorce años, entonces era un poco peligroso, porque en aquellos tiempos la gente robaba para comer, se pasaba hambre, entonces era muy corriente que un niño, oye, cuando tiene hambre ¡amigo! Pues mucha gente se dedicaba entre los jovencitos éstos a coger lo que podían. Entonces ella dijo: no, no, yo no dejo que mi hermano se vaya solo, yo dejo los estudios (...) y me voy también de aquí a esa escuela de oficios (...) El caso es que Sole se marchó, y entonces María dice: ah, yo también me voy, porque se iba también para allá su novio y se iba también Sole... Bueno, yo tuve tanta fuerza de voluntad, digo: no, yo no me voy, yo me quedo, yo quiero estudiar, quiero terminar, quiero ir a España siendo ATS, lo que llamábamos allí practicante. Bueno, el caso es que da la casualidad de que a los dos meses de irse ellas nos pasan también a nosotras a aquella ciudad a estudiar, y entonces ellas estaban trabajando y tenían ochocientos de pan, y nosotros los estudiantes teníamos sólo cuatrocientas, y la comida nuestra consistía (...) una papilla de unos cereales muy raros, y encima te echaban una cucharita de mantequilla bautizada, y el caso es que eso y luego los cuatrocientos de pan ¿comprendes? (...) El caso es que nosotros salimos adelante porque hacíamos punto, y nos encargaban una chaqueta, la hacíamos, la planchábamos para que se estirara y se hiciera más grande, porque la cobraba según el tamaño, y nos daban dinero, y nada, a gastarlo en el mercado, y así salimos adelante, y todavía teníamos ganas de ir al baile y todo eso, en plena guerra. Pero la cuestión está en que María y Sole, que estaban en esa escuela de oficios, tenían el doble de pan, que tenían tres comidas, entonces yo ¿qué hacía?, pues vivíamos en la misma ciudad pero a cierta distancia, cogía el tranvía un viernes y me iba para allá, y me tenían ya, iban ahorrando ahorrando el pan, y ya me tenían para mí un buen pedazo de pan bueno, además bueno, no el nuestro... Y robaban patatas en las huertas alrededor y tal. Total, que me daban de comer viernes por la noche, sábado, domingo, el domingo yo volvía a la residencia y volvía con bastante pan, con patatas, o sea, que me quitaron mucha hambre ¿comprendes?, y no es que les sobrara a ellos, tú crees que ellas estaban hartas...(…) Pero es que esas cosas se olvidan, porque es muy fácil dar cuando...yo ahora doy y qué, pero ¿es que me lo quito? (...) Pero ellas se quitaban ¿comprendes?... Por eso, nuestras relaciones son muy distintas entre nosotros y la familia..."

3.4. Lo que no hemos tenido. La familia

El ámbito de relaciones que constituye la familia de origen de Lisa ha sido, y continúa siendo, un nudo de vinculaciones sumamente problemático por lo contradictorio. Es uno de los tópicos reiterativos en su discurso. Establece éste un contraste muy marcado entre lo que habría sido su experiencia en este contexto, y lo que han sido y son sus relaciones de *amistad* en general, y muy especialmente sus lazos con los “niños españoles” a los que se siente más unida. Son como dos mundos contrapuestos, dibujados con trazos radicalmente distintos, que constantemente remiten uno al otro, y se valoran en la comparación entre uno y otro. La oposición entre las relaciones con la familia de origen, y las relaciones de *amistad-hermandad* desarrolladas históricamente por la coparticipación y la ayuda mutua en experiencias comunes, plantea para ella el modo paradójico como estas últimas se han convertido al cabo del tiempo en la auténtica familia. Y, no obstante, en absoluto las sustituyen; aquellas relaciones con la familia de origen continúan haciéndose presentes de manera problemática, mostrando dependencias y ataduras subjetivas importantes.

Las relaciones constitutivas del ámbito de la familia de origen presentan, en efecto, una complejidad específica, resultan ambivalentes, y no se resuelven cuando se opone a *los de aquí* con *los de allí*. Cronológicamente, la primera valoración de la familia de origen se sitúa en la infancia transcurrida en Asturias, antes de partir hacia la URSS. Destacan tres figuras, a las que el discurso regresa esporádicamente en diferentes momentos: el padre, la madre y la madrastra. La infancia de Lisa en España estaría marcada por la orfandad, y por la relación, dura y de amargo recuerdo, con su madrastra. La madre de Lisa muere de tuberculosis, cuando ella tiene cuatro años y medio; figura y acontecimiento evocados no con mucha frecuencia, pero sí de manera muy emotiva en momentos especialmente significativos. Uno de los tópicos, por ejemplo, cuando Lisa habla de la religión, es la figura de la madre muerta como el único lazo que habría tenido con la experiencia religiosa (las únicas veces que recuerda haber rezado es a ella a quien se ha dirigido). Su padre, del que guarda una imagen que valora y reivindica por su compromiso social y político, se volvió a casar al poco tiempo de morir la madre de Lisa. Las relaciones de ésta con su madrastra vienen a ser, sobre todo cuando habla de la *felicidad* en la Casa de Niños en la Unión Soviética, el epítome de lo que es su infancia en España; es una experiencia dramática que se sugiere, más que abordarse directamente; rememora, sin detenerse demasiado, las palizas que recibía de ella, y la dibuja como una persona brutal. El tema de la libertad *sin padres ni madres* en las Casas de Niños posteriormente, remite con claridad a lo que ha sido su experiencia familiar en España, y muy especialmente a la relación con su madrastra. La orfandad y la relación con la madrastra, son las cuestiones que resurgen cuando Lisa reflexiona sobre algunas de sus características personales, como interpretación biográfica, origen de sus carencias afectivas y de la necesidad de *querer-ser querida* que habría determinado buena parte de sus maneras de actuar y de relacionarse con los otros, incluso en la actua-

lidad. De otro lado, las relaciones de Lisa con sus hermanos y hermanas es algo que se presenta como un problema no resuelto o como una herida sin cicatrizar. El único lazo positivo que se habría mantenido a lo largo de los años en la URSS (y que reconoce casi siempre como el único vínculo mantenido con la familia de origen, a excepción de la familia que residía en los Estados Unidos), es con su hermana que, durante mucho tiempo, permaneció paralítica en un hospital de Oviedo. Es la hermana de quien cuidó Dolores. El resto de hermanos constituyen más bien el contexto que, en contraste, realza el valor de las relaciones que Lisa ha establecido en la URSS (no obstante, por lo menos a partir de finales de los años setenta o principios de los ochenta, en sus visitas de vacaciones a España tiene contactos, bien que problemáticos, con sus hermanos; y en la visita que en el año sesenta y cuatro realiza a su hermana paralítica, y que en algún momento de las entrevistas parece estar motivada sólo por esto, asiste también a la boda de uno de sus hermanos).

Si en su relato de la estancia en la Casa de Niños, Lisa habla de esta etapa como una especie de olvido, e incluso de rechazo de los vínculos con la familia de origen (insiste en que no echaba de menos nada ni a nadie), cuando se refiere al tiempo que transcurrió desde la evacuación durante la Segunda Guerra hasta 1957, lo considera a veces como un lapso marcado por el compromiso del regreso. Este compromiso es una especie de deuda pendiente con su hermana enferma. Sus elecciones durante este período, empezando por la de no estudiar bachillerato y pasar a enfermería, habrían estado orientadas por la idea de volver, cuidar aquí de su hermana y trabajar. No obstante, ese lapso, que parece aquí dominado por esa decisión, contiene sus años de estudio de medicina, sus seis años de trabajo en Crimea como médico, además de su militancia en el *Komsomol*, proyectos matrimoniales y su ingreso en el PCUS.

Cuando en 1956-57 se ofrece a los “niños españoles” la posibilidad de regresar a España, Lisa decide finalmente no volver. Al parecer, la idea del regreso la habría mantenido hasta el último momento, y recuerda que un hermano fue a esperar el barco en el que se suponía que volvía. En el último instante, habría decidido no hacerlo, impelida por las cartas de una amiga que había ya regresado, y que le informaba de las dificultades para encontrar trabajo en España. La decisión de no volver tuvo, quizá, consecuencias en las relaciones con la familia de origen, y particularmente con su hermana. Desde luego, uno de los temas reiterados en el discurso de Lisa, en cuya reflexión insiste en términos de futuros contingentes es: “¿por qué no volví en el 57?”. Lisa se pregunta si hizo bien, si en realidad no fue *cobarde* al tomar esa decisión, qué habría sucedido de volver entonces... Es significativo que en los relatos de encuentros con sus hermanos durante los años setenta y ochenta (al venir a España de vacaciones), se plantee una misma problemática, que se refiere a la necesidad de justificación de su estancia en la URSS, y a la necesidad de reconocimiento por parte de los miembros de su familia de lo que había llegado a ser: cuenta varias veces, distintas historias en las que estando con alguno de sus her-

manos, alguien que conoció *allí*, la deja *en buen lugar* revelando ante ellos la *habilidad* que tenía para los *estudios*, o su valía como profesional de la medicina (*a ver si se dan cuenta*). El mismo tipo de anécdota le ocurre en el año sesenta y cuatro, cuando visita a su hermana en el hospital de Oviedo: un médico de éste la habría sometido a un auténtico interrogatorio para saber de su formación, examen con el que habría en cierto modo dado respuesta a una especie de deuda contraída (a pesar de que Lisa informaba a su hermana en las cartas de sus estudios de medicina, ésta no acababa de creerlo, y sólo quedó convencida cuando el médico se lo confirmó).

Las relaciones con los hermanos y hermanas, especialmente cuando regresa definitivamente a España en 1989, no han sido fáciles. Lisa les reprocha el que no haya recibido ningún tipo de ayuda para su instalación, ni muestras de interés por su situación (en contraste con la ayuda recibida por Dolores, o por la red de relaciones de *los de allí*). Al mismo tiempo, insiste en que ella no ha demandado esa ayuda, y sobre todo que no ha demandado ayuda económica; al parecer, habrían sospechado que ella iba a depender económicamente de ellos, a suponer una *carga* para ellos, o a reclamar incluso algo para sí. En este sentido, Lisa resume a veces, de manera emocionada, que desde entonces no ha tratado sino de demostrarles (*creo que se han dado cuenta*) que les *necesita* afectivamente. A la contra de la Lisa que se afirma independiente en tantos lugares de las entrevistas, o ubicada en el marco que componen sus relaciones con quienes han estado presentes a lo largo de su vida, la imagen es aquí otra: *nosotros necesitamos mucho de la familia, porque no hemos tenido*.

Por lo demás, los discursos de Lisa sobre algunas de sus relaciones con la familia de origen (con su madrastra y con sus hermanos) están dominados por una oscilación entre la exposición, más o menos cruda, del trato recibido, y, de otro lado, una especie de ejercicio comprensivo, que le lleva a contextualizar y, hasta cierto punto, a justificar ese comportamiento. Así, el recuerdo entrecortado de su madrastra, va unido al recuerdo de las condiciones de vida y de trabajo de ésta, a la situación de la guerra, con el marido en el Frente o, después, muerto. En este sentido, es el ambiente, otras veces la formación recibida, las condiciones de existencia en general las que explican ciertas actitudes. Cuando habla de sus hermanos, Lisa manifiesta también una conciencia de la distancia que les separa, por las condiciones en que han vivido, de ella; es el contraste, en cierto modo, entre dos modos de ser, que responde a una formación cultural y sentimental, a valores y expectativas vitales distintas, expresión de lo que han sido trayectorias diversas.

3.5. Conciencia de clase y de posición social

La conciencia de clase y/o de posición social es relevante en los discursos de Lisa, no tan evidente en sus afirmaciones políticas como en los comentarios que hace sobre diversos ámbitos de actividad, como su vida profesional o las relaciones con la familia de origen. Esta conciencia, dimensión importante de su experiencia subjetiva social, es problemática. No se refleja en la narración de una trayectoria con-

tinua, sino que se complejifica en torno a un corte, que habría determinado un distanciamiento respecto de su origen de clase sin anular, no obstante, las vinculaciones originarias. La dialéctica subjetiva en la que se mueve, entre el alejamiento de sí (como miembro, por su origen, de la clase *obrera*) y los lazos que, tanto a través de la familia como de otros medios, la vinculan afectivamente a esa pertenencia, se hace muy patente en la tensión, expresada en los juicios que emite, entre posiciones subjetivas populistas y posiciones subjetivas elitistas.

Como en otros casos de movilidad social, la temporalidad es aquí un dato fundamental. El análisis de la conciencia de la posición y de la trayectoria de clase, tiene que introducir de alguna manera una perspectiva atenta a la existencia de vínculos plurales y conflictivos con los pasados. En el caso concreto de Lisa, la conciencia de clase parece condicionada por: el reconocimiento de la salida de España y la estancia en la URSS, como una ruptura con lo que habrían sido sus expectativas y su horizonte vital iniciales de acuerdo a su origen social; la formación y el mantenimiento de una ideología política (comunismo-socialismo) ligados a su estancia prolongada en la URSS y en Cuba, y a lo que ha sido su situación, su modo de vida y su compromiso político en esos países.

El reconocimiento del lugar del que procede, de su origen social, se hace muy presente en los recuerdos de infancia. En las comparaciones, por ejemplo, entre Casas de Niños en la URSS de acuerdo a su composición por clase social (al subrayar el carácter *obrero* de la suya, frente al origen *acomodado* y *pequeñoburgués* de los colectivos de niños vascos, o los *niños mimados*, hijos de dirigentes o de militares republicanos, que habitaban en otras Casas). Se plantea especialmente la conciencia del origen social como un motivo de reflexión, en aquellas ocasiones en que, en una especie de balance vital, Lisa piensa en términos de futuros contingentes: *qué habría sido de mí, pobre, de no haber ido a la URSS*. Es un tipo de razonamientos a los que recurre igualmente cuando tiene que deslegitimar las críticas que algunos “niños” hacen de la Unión Soviética, o del comportamiento del PCE hacia ellos, o las visiones globales negativas que circulan entre los conocidos. Para recordar, entonces, el carácter de *oportunidad única* que supuso para ellos (*hijos de obreros*) marchar a la URSS no ya para escapar de la Guerra sino para formarse finalmente allí; y para recordar, por tanto, en la disputa el vínculo de *lealtad* por el que están unidos, la *gratitud* que deben (que se extiende no sólo a la formación, a la adquisición de un trabajo-profesión, sino a su formación como personas, a la formación de una familia, a la educación universitaria de los hijos, etc.). Es, en suma, la conciencia de que la salida de España y la estancia en la Unión Soviética les ha permitido *llegar a ser* algo que en absoluto formaba parte de las expectativas de clase aquí.

Si la salida de España y la estancia en la URSS habrían condicionado una trayectoria que, en este sentido, la aleja de esa pertenencia, permanece al mismo tiempo un reconocimiento de ésta y de vínculos que, de una u otra manera, han seguido solicitando a Lisa. Se percibe esto, y la problemática en la que se inserta, en lo que

Lisa dice de su relación con la familia de origen. La idea orientadora de volver, que en algunos momentos parece haber guiado sus decisiones hasta el año 1957, no se refiere sólo al compromiso personal y emotivo con su hermana enferma. Insiste también en que sabía que finalmente tendría que volver y que, cuando lo hiciera, su lugar social en España no se correspondería con las expectativas abiertas en la Unión Soviética. Recuerda cómo su hermana, en las cartas que le enviaba desde aquí, le advertía constantemente de que no olvidara *quién era*, el mundo al que pertenecía, y que, como todas las chicas de su clase (*las chicas feas y pobres*) sólo tenía *la honra*. La preocupación por lo que ella estaba haciendo realmente en la URSS, que veíamos más atrás, hay que contextualizarla en este marco ideológico, específico de clase. En este sentido, el que, al cabo del tiempo, su hermana reconozca *satisfecha* que ha llegado a ser médico, y una buena profesional, es también una especie de deuda saldada con su origen social.

Este estatus profesional y social es, sin embargo, el que la aleja de sus orígenes, y contribuye a determinar una ambivalencia característica en la conciencia de la posición social ocupada por Lisa. El primer lugar en el que es posible advertir esta ambivalencia es el contexto de las relaciones con sus hermanos, del que hemos hablado. He comentado que, cuando Lisa valora el comportamiento de éstos hacia ella, especialmente una vez que regresa definitivamente a España, se desplaza entre el reproche y la comprensión. Este movimiento entre una y otra actitud de Lisa, se expresa en el discurso, en gran medida, en términos de clase o de posición social. De un lado, al hacer aquellos reproches, Lisa adopta una posición elevada en la estructura social, la que le proporciona su capital educativo y cultural. Y esto como una respuesta a la desvalorización social que percibe en la actitud de sus hermanos; efectivamente, interpreta que ésta se debe a que no regresa trabajando como médico, pues de ser así la actitud habría sido también otra (*me veían como la pariente pobre*). En cierto modo pues como reacción a ello, considera a sus hermanos como *medio analfabetos*, limitados en sus expectativas de vida, en sus conocimientos y en sus sentimientos. El juicio elitista que profiere en estos contextos, connota su sentido de la distinción, y de pertenecer a un mundo social de expectativas más elevadas, de más amplios conocimientos y sentimientos más elaborados. La actitud de sus hermanos responde al ámbito social en el que se han movido y se mueven, a un marco estrecho en el que todo gira en torno al *trabajo*, entendido aquí como actividad alienante (*no han hecho más que trabajar*), y que limita las miras y las motivaciones de los individuos a los elementos más materiales (el que no hayan entendido que no necesitaba de ellos económicamente, sino afectivamente, es un índice de esta condición).

Pero esta posición puede variar con facilidad, y el mismo desarrollo discursivo gira hacia una aproximación comprensiva, en la que se insiste precisamente en estas condiciones de vida, para eximir de culpa a los sujetos y explicar esas actitudes. A partir de aquí apunta, a veces cambiando bruscamente de posición, a un

reconocimiento de valores positivos. El máximo valor que Lisa reconoce, entonces, a sus hermanos, se basa justamente en lo que los liga a su condición de clase. La noción de *trabajo* en la que se centraba una visión limitante, se transforma en la base del valor, cuando reconoce que sus hermanos, a pesar de todo, han *llegado a ser unos buenos obreros*; el *trabajo* deja de ser condición embrutecedora para convertirse en *oficio*.

La relación ambivalente con la *clase obrera* y, por extensión, con las clases populares (Lisa habla con frecuencia, más bien, de *pueblo*), en la que se diría que está sintetizada la complejidad de una trayectoria social singular, está presente de manera similar en multitud de juicios que emite Lisa cuando habla de personas conocidas en diferentes ámbitos de actividad. Aunque, así aplicada, la expresa hablando de muchas relaciones sociales que mantiene en la sociedad española actualmente, la relación misma y los términos y valores que la conforman parecen remitir a los campos sociales en los que, en el pasado, se ha desarrollado la vida profesional y social de ella en la Unión Soviética. Su discurso “sociológico” se refiere, en este sentido, a un mundo y a un imaginario social basado en una distinción fundamental entre trabajo *intelectual* y trabajo manual (*obrero*). Desde luego, cuando comenta pormenorizadamente las circunstancias de la vida en la URSS o en Cuba, especifica con mucho más detalle las posiciones sociales y profesionales de las personas, pero cuando se trata de situar inicialmente a alguien, de justificar sus simpatías y antipatías, de calificar moralmente a partir de este dato, o, en general, cuando la posición social se transforma en el lenguaje utilizado para hacer juicios sobre actitudes y comportamientos de las personas, la estructura social consiste en dos posiciones básicas: intelectuales o profesionales técnicos de nivel superior, y obreros.

La polivalencia de la distinción, que no se limita a describir una posición social, profesional o económica, sino que asocia a cada posición valores distintos y distintivos, indica claramente que la percepción de clase o de posición social consiste en una percepción de **habitus** diferenciados. El criterio central de la divisoria es la *formación* o *educación*, como elemento del que, en la interpretación implícita de Lisa, derivarían disposiciones y modos de vida diferenciados. Se refiere así a un campo en el que las diferencias de clase dependen básicamente de la distribución heterogénea del capital educativo y cultural. Este capital se adquiere fundamentalmente a través de los *estudios* –la diferencia es entre quienes *han estudiado* y quienes no lo han hecho; con la excepción de los *autodidactas*, figura doblemente valorada por la fusión de contrarios que representa, y en la que se integran su padre, su hermana mayor y algunos “niños” que conoce que, a pesar de sus habilidades y de su disposición, no pudieron por diferentes circunstancias continuar sus estudios; y es un capital que no se refiere exclusivamente a un cuerpo de conocimientos. El concepto de *cultura*, tal y como lo utiliza Lisa, se acerca muchas veces a un sentido de “civilización”; es una educación humana integral, y engloba una educación también de los sentimientos y del carácter, ligada a la educación formal como al origen

de clase. Así entendida, la educación y la posesión de un capital educativo y cultural, distingue a quienes, de un lado, pueden establecer relaciones complejas con el mundo y con los otros, aspiran a objetivos que Lisa considera más altos y también, a veces, minoritarios (generalmente, aunque no sólo, se refiere a determinados gustos culturales), *respetuosas* en el trato y en las relaciones sociales, personas que generalmente coinciden con quienes reciben de Lisa el calificativo elogioso de *inteligentes*; y, de otro lado, quienes mantienen relaciones más elementales, y reducen sus expectativas a las necesidades y al mundo inmediato, carecen de educación en las formas del trato social, son *brutos y simples*.

Este esquema, o ingredientes de este esquema, transformados de diferentes maneras, son recurrentes en multitud de diferencias que establece Lisa entre las personas, o entre grupos de personas. Como he señalado, se sirve de él para elaborar una posición respecto de sus hermanos; lo utiliza también cuando recuerda el comportamiento que los pequeños hijos de *obreros* tenían en las Casas de Niños (en comparación con el comportamiento de los pioneros soviéticos que venían a visitarles); para explicarse por qué su amiga María pudo tener hacia ella un comportamiento de *hermana mayor* (una sensibilidad que asocia a un supuesto origen social más elevado); al tratar de explicar las formas de muchos dirigentes del Partido que delataban sus orígenes sociales; lo emplea cuando compara lo que era su vida cotidiana en la Unión Soviética en los momentos en que más distanciada estaba del colectivo español, y lo que era la vida de éste; le sirve para entender las diferencias entre el ambiente de las familias judías (educadas, intelectuales) y el del pueblo ruso en su conjunto (simple, brutal), cuando comenta el tema del antisemitismo en la Unión Soviética; a él remiten algunos de los criterios que utiliza para diferenciar a las personas con las que *congenia* y aquellas de las que se mantiene alejada... Y en estos términos entiende finalmente la distancia que la separa a ella (o, dependiendo de los casos, a ellos, *los de allí*) de la sociedad española en su conjunto. Lisa, en efecto, tiene una percepción muy aguda de que su estilo de vida no coincide con el de las personas *de aquí*, concretamente de su referencia más cercana, que son sus vecinas. Hablando de aquello en lo que consiste su vida cotidiana, echa mano de este contraste. Percibe que ni sus actividades ni sus necesidades ni sus expectativas, coinciden con las de sus vecinas del bloque de pisos del modesto barrio de la periferia madrileña en el que reside. Es una oposición entre dos ámbitos de relaciones dispares en todo: aquél del que cotidianamente trata de alejarse, y el que busca o por el que, de manera cuasi-natural, se siente atraída. Se distancia de las conversaciones a las que es requerida o invitada por sus vecinas, ámbito en el que piensa que quedaría identificada como *la rusa* (un tipo de relación con el pasado y una imagen que no quiere mantener, y que se opone a la que establece con sus *amigas*), pero que entiende también como un ámbito dominado por intereses, valores y preocupaciones que no comparte. Su propio mundo se refiere a las relaciones que mantiene habitualmente, casi a diario, con “niños españoles” o con personas que tienen que ver

con su experiencia *allí* (en la URSS o en Cuba). Cuando Lisa describe sus tardes con sus amigas Mili y Nieves, está especificando este estilo de vida que los distingue, y que nunca podría compartir con sus vecinas. En este caso concreto, el esquema, que emplea para referir sus ocupaciones diarias aquí, puede llegar a elaborarse hasta presentar una comparación general, en estos términos, entre la vida en la Unión Soviética y la vida en la sociedad española (capitalista). El modo de vida que ellas han aprendido allí (en la sociedad soviética), se manifiesta en valores específicos, y notablemente distintos de los valores que conforman los modos sociales en la sociedad española (o por extensión la sociedad capitalista): no dar importancia al dinero, o a temas o necesidades materiales, moderación o austeridad en el consumo, no importancia de las apariencias, valor de las actividades culturales, valor de las relaciones humanas.

Si sobre la conciencia de una posición social asociada a la *formación* o la *educación*, Lisa fundamenta, con frecuencia, su distinción elitista respecto de los *obreros*, la gente del *pueblo* o del *pueblo llano* (o de personas cuyos comportamientos o maneras de ser se explican por esta pertenencia social), en otros momentos lanza una mirada cálida y llena de simpatía hacia determinadas figuras del *pueblo*, emotivamente recordadas. El discurso populista de Lisa, cuando evoca a “niños” *obreros* con los que, a pesar de la “distancia” social, guarda una estrecha *amistad*, a las mujeres *del pueblo* que cuidaban de ellos en la Casa por las noches, a vecinos de su pueblo en Asturias a los que visita cuando va allí, a determinados camaradas del Partido, al *pueblo ruso* en general cuando recuerda la actitud hacia los “niños” en determinados momentos de la historia..., recurre a una retórica de la *sencillez*, la misma que emplea para rescatar el valor de las personas con las que, por su modo de vida asociado a su posición social, *no congenia*. En este sentido, la categoría de *sencillez* permite también en ocasiones relativizar el valor positivo de la *inteligencia* que Lisa asocia a la *formación*. Con frecuencia, las personas *inteligentes* resultan ser personas insinceras, en quienes no se puede confiar, afectadas y pretenciosas. En más de una ocasión, ella misma parece darse cuenta del sentido que pueden tener algunos de sus juicios e insiste en que no quiere *parecer pretenciosa*; en el juicio que hace de algunos dirigentes políticos o directores de Centros de trabajo la *inteligencia* va unida a la *hipocresía*; y lo mismo sucede en los comentarios que hace sobre las diferencias entre judíos y rusos, cuando reconoce que si éstos en comparación con aquéllos son *simples*, *sin formación*, o tienen hábitos como el de la bebida, también son más *sinceros* y dignos de confianza.

Al aplicar a los discursos una perspectiva que no ha querido centrarse en la identidad narrativa ni en estructuras semánticas profundas, sino en el despliegue fenoménico superficial de algunas problemáticas subjetivas, se ofrece una composición peculiar del material discursivo, que no busca tampoco la integración de un texto y/o de un sentido. Esta composición -que he presentado de manera fragmentaria y a título ilustrativo- delimita tentativamente los “asuntos intensos” en torno a

los que el discurso de Lisa se elabora más ampliamente, o lo hace de manera peculiar. La reiteración no implica la mera repetición de una misma posición, sino que se caracteriza, más bien, como una dinámica, que lleva al intérprete a recoger el retorno de temas en múltiples contextos, aunque en configuraciones diversas y según registros discursivos diferentes, manifestando, entonces, vinculaciones dobles, contradicciones y conflictos. Estos rasgos son particularmente evidentes cuando, en la sucesión de enunciados, se encadenan posiciones, o una se transforma en otra o se sigue de ella, rompe con ésta, se concilia o se contrapone. La descripción de estos acontecimientos discursivos, de la retórica (en el sentido de la argumentación y en el sentido poético) desplegada en ellos, busca dar cuenta de la complejidad de posiciones subjetivas que remiten al sujeto reflexivo de las enunciaciones, y de la complejidad de las afecciones que solicitan al sujeto paciente o pasional. Entiende, así, que en el discurso se expresan vinculaciones socio-subjetivas complejas.

El intento inicial de elaborar una historia de vida desemboca, a través de una reflexión sobre el alcance y los límites de ese proyecto, en el planteamiento de una cuestión distinta, que sólo he podido empezar a esbozar con el material discursivo que proporcionan las entrevistas con Lisa. No fueron producidos estos discursos para estudiar ese objeto, pero al mostrar una riqueza que entendí que resistía a un tratamiento textual-narrativo, me pareció importante enfocarlos de otro modo, ensayar una aproximación divergente, y empezar a construir las líneas de lo que podría dar de sí el uso del material autobiográfico en las investigaciones sobre subjetividad.

4. Bibliografía

AUGÉ, M.

1998 *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa.

BENVENISTE, E.

1966 *Problèmes de linguistique générale, I*, París, Gallimard.

BIDOU-ZACHARIASEN, C.

1997 *Proust sociologue*, París, Descartes& Cie.

BOLTANSKI, L.

2000 *El Amor y la Justicia como competencias*, Buenos Aires, Amorrortu.

BOURDIEU, P.

1993 *La misère du monde*, París, Seuil.

1998 *La domination masculine*, París, Seuil.

BRUNER, J.

1991 *Actos de significado*, Madrid, Alianza.

1996 *Realidad mental y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa.

- CANDAU, J.
2001 *Memoria e identidad*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.
- CORCUFF, Ph.
1998 *Las nuevas sociologías*. Madrid, Alianza.
1999 “Le collectif au défi du singulier: en partant de l’habitus”, LAHIRE, B. (dir.), *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu. Dettes et critiques*, París, La Découverte, 95-120.
- DE CERTEAU, M., GIARD, L., MAYOL, O.
1994 *L’invention du quotidien 2.Habiter, cuisiner*, París, Gallimard.
- DEVILLARD, M.J., PAZOS, A., CASTILLO, S., MEDINA, N.
2001 *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): narración y memoria*, Barcelona, Ariel.
- DUBOIS, J.
1997 *Pour Albertine. Proust et le sens du social*, París, Seuil.
- DULONG, R.
1998 *Le témoin oculaire. Les conditions sociales de l’attestation personnelle*, París, Éditions de l’EHESS.
- ELIAS, N.
1982 *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
1990 *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- FOUCAULT, M.
2001 “Qu’est-ce qu’un auteur?”, *Dits et écrits I*. París, Gallimard, 817-849.
- KAUFMANN, J.-C.
1997 *Le Coeur à l’ouvrage. Théorie de l’action ménagère*, París, Nathan.
- LAHIRE, B.
Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles, París, Nathan.
2004 *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, París, La Découverte.
- LAPLANTINE, F.
1997 *La description ethnographique*, París, Nathan.
- LEJEUNE, Ph.
1996 *Le pacte autobiographique*, París, Seuil.

PAZOS, A.

2002 “El tiempo pasado. Formas discursivas y usos sociales del recuerdo”, *Estudios de psicología*, 23 (1), 111-126.

PONTALIS, J.-B.

1997 *Ce temps qui ne passe pas*, París, Gallimard.

RICOEUR, P.

1990 *Soi-même comme un autre*, París, Seuil.

SIMMEL, G.

2002 *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa.

VOLOSHINOV, V.N.

1991 *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.

WITTGENSTEIN, L.

1992 *Observaciones a La Rama Dorada de Frazer*, Madrid, Tecnos.